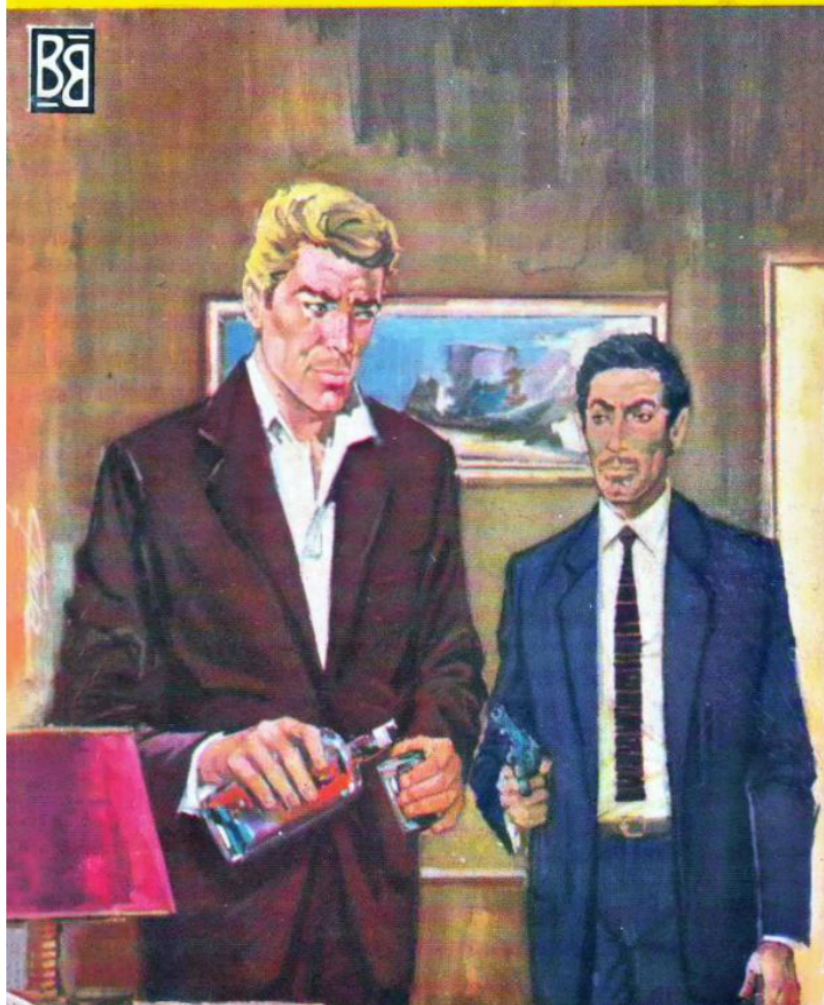


PUNTO
ROJO

en las sombras

frank lewis

BB





FRANK LEWIS

EN LAS SOMBRAS

Colección PUNTO ROJO n.º 183

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 23748 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: octubre 1965

© FRANK LEWIS - 1965

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.021/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

780. — Saigón: peligro de muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

89. — Visión de horror.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

75. — Desafío a muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

—Y ante ustedes... Matt Nixon.

Estalló una ovación.

Un joven alto, de fuerte complexión, apareció en la pista. Iba ataviado con un llamativo traje azul y sostenía en su diestra un bastón. Se inclinó sonriente; seguidamente se puso a cantar.

Su voz era excelente, y al terminar su actuación los aplausos resonaron en el elegante local. Matt Nixon se inclinó emocionado. Aún no habíase acostumbrado al éxito. Éste empezaba para él, saliendo de aquella apurada situación, cuando ya no confiaba en conseguirla.

Pasó en Corea y en el ejército algunos años, los mejores de su juventud. Poseía una buena voz, habiendo estudiado con ardor, pero su ingreso en filas parecía dar al traste con su carrera.

Fue por azar cuando vio despejarse las nubes que cubrían el nimbo dorado del éxito.

Le parecía vivir aquella noche. Se encontraba desolado, decidido a buscar un empleo y olvidarse de cuanto se refería al canto. Regresaba a su hospedaje cuando un hombre le salió al encuentro.

—¿Es usted Matt Nixon?

—Sí, ése es mi nombre —respondió sorprendido.

—Venga conmigo inmediatamente.

—¿A dónde?

—No se preocupe, tengo mi coche ahí abajo.

—Pero...

—No haga ninguna pregunta, es muy tarde.

El joven se encogió de hombros y siguió a aquel hombre, pareciéndole por su aspecto muy nervioso.

En efecto, frente a la casa estaba un lujoso coche negro. Abrió la portezuela y se colocó frente al volante.

—Cierre la puerta, por favor.

Matt obedeció, aunque en su rostro se reflejaba la desconfianza, debido a los nerviosos movimientos de su acompañante.

—¿Siempre conduce usted?

—No, pero puede confiar en mí.

—Ya.

Pero su tono distaba mucho de expresar conformidad. El otro no pareció darse cuenta, arrancando sin más dilación. Sus movimientos eran nerviosos, sobre esto no podía existir la menor duda, y para su pericia de conductor tampoco. El coche avanzó veloz y seguro.

—¿Está usted resfriado?

Matt le miró sorprendido, después movió la cabeza negativamente.

—Menos mal. No todo iban a ser contrariedades esta noche.

Y ya no volvió a hablar, dedicando toda su atención a conducir. Matt hubiese deseado una explicación de aquella absurda situación, pero se lo agradeció. A pesar de su escasez de medios, no deseaba ser víctima de un accidente de circulación.

Minutos más tarde el coche se detuvo ante un lujoso *dancing*.

—Hemos llegado —comentó lacónico el individuo.

Ahora Matt le observó con mayor detenimiento. Ya se aproximaba a los cincuenta años, de mediana estatura, delgado, vistiendo con elegancia. Ésta habría sido perfecta de no ser por su marcado nerviosismo. Los cabellos escaseaban en su cabeza ligeramente ovalada, pero al ir cuidadosamente peinado, no desfavorecía su aspecto.

Le cogió del brazo con fuerza. El hombre trató de desasirse, pero no le fue posible; la mano del joven era demasiado vigorosa para su energía física.

—Quiero una explicación de todo esto, señor.

—Las explicaciones después, ahora debe cantar.

—¿Qué debo cantar? —exclamó Matt con incredulidad.

—Naturalmente, para eso le he ido a buscar. ¿Sino, para qué diablo le iba a necesitar?

—Eso significa que voy a cantar en público.

—Exacto. No se entretenga, Nixon. Ya es tarde.

—No tengo ninguna prisa.

—Yo sí, estoy en un terrible apuro.

—¿Y debo sacarle yo de él? No soy un hada buena, señor mío.

El hombre le miró exasperado. Indudablemente, la resistencia del joven le contrariaba.

—Ayúdeme, Nixon.

—Muy bien. Le ayudo a salir de este trance, me da algunos billetes y adiós, si le he visto no me acuerdo. No, no, ya estoy harto de todo esto.

—Si usted posee tan buenas cualidades como me han asegurado, seré su agente artístico.

El joven se encogió de hombros, como demostrando no sentirse impresionado por aquella promesa. Movi6 la mano con indiferencia.

—Se hubiese ahorrado el haberme traído aquí, de haber hablado antes.

—Usted no puede hacerme eso. El espectáculo ha empezado y Dennis Price se ha puesto enfermo; usted le sustituirá.

—Dennis Price. ¡Vaya, y yo debo sustituirle! Mi nombre nunca ha aparecido en los periódicos.

—Si no le gritan, aparecerá.

—Y si me gritan también. Ya me parece leer los titulares: «Desaprensivo cantante tuvo la osadía de sustituir a Dennis Price».

—¿Tan poca confianza tiene en sus cualidades?

—¿Y usted? —preguntó a su vez Matt con burlona entonación.

—No lo sé. Paul Mearson ha asegurado que no quedaré defraudado.

—¡Ah, conque todo eso se debe a Paul Mearson! Excelente muchacho.

—¿Acepta?

Se encontraban en medio de la acera, frente a frente. La actitud de ambos era desafiadora.

—No, no me fío de usted.

—Nadie ha dudado jamás de la palabra de Steve Elliot.

Matt sintióse impresionado. Steve Elliot tenía un gran prestigio en su profesión.

—No acepto. Estoy harto de ustedes.

—Me defrauda usted, Matt. Paul me afirmó que era un gran muchacho y que no vacilaría en sacarme de este apuro.

—Paul es un entrometido, no debió decirle eso. No tenía derecho a hacerlo.

Steve Elliot reprimió una sonrisa; ya estaba convencido de haber

encontrado el punto flaco de su interlocutor.

—Bien, puede marcharse. Ya no volveré a confiar en nadie. Esta noche tendré un gran fracaso, quizá dependa de él mi carrera. Pero a usted no le importa, muchacho.

Matt tragó saliva. Durante un instante permaneció indeciso.

—Está bien, sustituiré a Dennis Price. Si fracaso no seré responsable.

—Con poner su voluntad, ya tendré suficiente, Matt. No pierda tiempo, muchacho.

Entraron en el *dancing*. Elliot le precedía, con su característico paso nervioso. Llegaron a un camerino y le indicó un armario.

—Ahí encontrará un traje que le irá bien; si no es así el desastre habrá empezado para nosotros.

No fue así, pues Matt no tardó en encontrar un traje a su medida, quizá algo estrecho, pero podía moverse un poco desahogadamente.

Paul Mearson le sonrió, haciéndole un significativo ademán con la mano, deseándole suerte. No tenía tiempo de saludarle, pues debía empezar a actuar. Elliot le informó de las canciones que debía cantar. En esto fueron afortunados, pues el joven las conocía.

Y Matt empezó a cantar. Desde el primer momento se impuso, su voz conquistó a los espectadores. Cuando terminó su actuación, los aplausos resonaron en la sala con entusiasmo.

Elliot le abrazó impulsivamente.

—Has triunfado, muchacho. No te preocupes, no te faltarán contratos. El nombre de Matt Nixon aparecerá en los diarios en lo sucesivo.

—¿Quiere usted decir?

—Sí. Steve Elliot no se equivoca.

Paul le abrazó con afecto. Matt le agradeció su ayuda.

Paul Mearson sonrió radiante. Era de mediana estatura y bastante obeso, teniendo una edad parecida a la de su amigo; veintisiete años. Ambos estuvieron juntos en Corea, uniéndoles una sincera amistad. Paul tocaba la corneta y actualmente formaba parte de un conjunto de renombre.

—Gracias por haberme recomendado a Elliot, Paul.

—Lo he hecho por él; se encontraba en un apuro y tú podías sacarle de él. Es buena persona y le aprecio.

—¿Tanto confiabas en mis facultades?

—Con una fe ciega. Tú llegarás a ser un gran cantante, lo afirmé cuando nos encontrábamos en aquel infierno. Ahora Elliot ha confirmado mi pronóstico.

Y los acontecimientos dieron la razón a los dos hombres. El nombre de Matt no tardó en estar rodeado de una gran popularidad, consiguiendo tener un lujoso apartamento y un confortable y veloz automóvil.

Su apuesta figura le permitió contar con un gran partido entre el sexo contrario, hasta llegar a recibir proposiciones matrimoniales de muchachas en excelente posición social. Pero Matt era contrario de momento al matrimonio, dejándolo para más adelante, cuando el amor surgiese ante él.

Se cambió de ropa con su acostumbrada despreocupación. Se abrió la puerta del camerino y apareció la delgada figura de Steve Elliot.

—¿A dónde vas, muchacho?

—Daré una vuelta antes de acostarme. Siempre es conveniente hacer un poco de ejercicio.

—Ten cuidado, las noches en Nueva York suelen ser peligrosas.

—Sólo para los forasteros, Steve. Conozco la ciudad a la perfección, nada puede ocurrirme.

—Continuaremos dos semanas en este local, después es probable consiga un contrato fabuloso. ¿Contento, Matt?

—Sí, Steve. Siempre tendré una deuda contraída con usted y Paul.

—Sólo con Paul, conmigo no. Tú me salvaste aquella noche, pues me encontraba en un apuro por la repentina indisposición de Dermis Price.

El joven se despidió con un amigable ademán. Antes de salir a la calle fue al encuentro de Paul. Su amigo le recibió con una cordial sonrisa.

—Cada vez te estás afianzando más, chico. ¿Comeremos juntos mañana?

—Como siempre que no acompañas a tu novia. Eres un hombre feliz, ¿verdad?

—Sí, no puedo negarlo. Me gusta mi profesión, Dora es una excelente muchacha y la quiero, contando además con un amigo

como tú. Ya no puedo pedir más. Debes buscar una buena chica y casarte.

—No digas disparates. Me gusta la libertad, y más ahora cuando dispongo de medios para gozarla con amplitud. Al parecer se me acabaron las dificultades.

—Estamos consiguiendo cuanto deseábamos en aquella endiablada posición. Nunca olvidaré cuando me salvaste la vida. Aquellos demonios me tenían rodeado, ya no podía resistir, y llegaste tú arrojando bombas. Se apresuraron a huir despavoridos.

—Debes olvidarlo.

—¿Me crees un desagradecido?

—No, Paul. Nuestra amistad siempre será firme.

Se despidió de Paul, saliendo a la calle. Dos sombras le salieron al encuentro. El joven miró con recelo a aquellos individuos; su aspecto no significaba ninguna recomendación para ellos.

—¿Me da fuego, amigo? —pidió uno de ellos.

—No faltaba más.

Matt encendió su encendedor y se lo ofreció. Al resplandor de la llama vio unas mejillas enjutas y unos ojos de mirar maligno. La punta del cigarrillo se convirtió en ascua, despidió una humareda de humo.

—Gracias.

Matt había estado atento a sus movimientos, para repeler con eficacia un posible ataque. Desconfiaba de aquellos dos hombres, su instinto le advertía una agresión.

Hizo un ademán con la cabeza y fue a alejarse. El individuo le detuvo con un gesto.

—¿Se llama usted Matt Nixon?

—Sí, ése es mi nombre.

Se encontraban algo alejados de la puerta iluminada del *dancing*, en la zona más oscura de la calle. El joven se dio cuenta tan pronto se vio abordado por ellos. El otro individuo no había despegado los labios, siendo más corpulento que su compañero. Su actitud era claramente agresiva.

—Le estábamos esperando.

—Son ustedes muy amables. ¿Con qué propósito?

—Su nombre ya es bastante conocido y necesita ser protegido. Mi compañero y yo nos encargaremos de ello.

Matt esbozó una burlona sonrisa; conocía a tipos como aquéllos. Acostumbraban a exigir una cantidad mensual a sus víctimas, y si éstas no aceptaban, les propinaban una severa corrección como advertencia. La policía se veía impotente para detenerlos, siempre por dos motivos. Las víctimas se callaban por temor y la falta de pruebas.

—Soy bastante grandecito para defenderme, ¿no creen?

—No, Nixon. Puede tener la seguridad de ello. Si necesita un favor también se lo haremos. Total treinta dólares al mes. Las condiciones son razonables.

—No me interesan, muchachos —negó Matt con firmeza.

—El precio es muy barato. Nadie se atreverá a molestarle estando bajo nuestra protección.

—Aunque fuese un solo dólar. Los tipos como ustedes son repulsivos. ¡Largo de aquí!

—Usted lo ha querido. Atízale, Benny.

El llamado Benny sonrió satisfecho al escuchar la orden de su compañero. Su corpulento cuerpo avanzó dos pasos, pegando de súbito. Matt le estuvo observando con atención; aquel individuo sabía golpear, aunque sus movimientos eran excesivamente lentos.

Esto le permitió esquivar con facilidad el puñetazo, golpeándole en el estómago y obligándole a agacharse mientras soltaba un rugido de dolor.

Con el dorso de la mano propinó un golpe al otro forajido, haciéndole retroceder un par de pasos. Sólo deseaba esto, pudiendo terminar con el adversario más temible. No le dejó reponerse, su izquierda le enderezó con un golpe en la barbilla y la derecha se estrelló en la mandíbula, derribándole aparatosamente.

El otro forajido extrajo con rapidez una pistola, presto para encañonarle, pero el joven le asió la muñeca y con brusco ademán le colocó el brazo tras la espalda.

—Si no suelta el arma, le partiré el brazo.

Aumentó ligeramente la presión y su enemigo se apresuró a obedecerle. La pistola produjo un siniestro sonido al chocar contra el suelo. La mano izquierda de Matt abofeteó dos veces a su enemigo, haciéndole sangrar de la nariz.

—¿Se ha convencido de que me basto para defenderme?

—Sí, suélteme.

—Voy a hacerlo. No vuelvan a intentar atacarme; si lo hacen seré capaz de matarles.

—Nunca más volveremos a molestarle. Respondo de Benny.

—¿Y de usted quién responde?

—Reggie Harding sólo tiene una palabra.

—Me alegraré por su integridad física, Harding —asintió Matt sonriendo.

Soltó su presa y se alejó.

No tenía temor de volver a ser atacado por aquellos dos forajidos. Así fue en efecto. Harding se apresuró a socorrer a su abatido compañero. Benny abrió los ojos y preguntó:

—¿Todavía no sale ese cantante?

—Ya ha salido, Benny. Se ha desembarazado de nosotros con increíble facilidad, te dejó fuera de combate con tres golpes.

Esta explicación ya no era necesaria. Benny se tocaba su dolorida mandíbula.

—Cuando vuelva a tenerle delante le destrozaré todos los huesos.

—No le harás nada. Nos volvería a derrotar. Además, se ha portado muy bien con nosotros, no nos ha denunciado a la policía.

—Es cierto.

—Matt Nixon no es mal muchacho.

Matt se alejó, tras arreglarse el desorden producido en su indumentaria por la breve lucha sostenida. Ya no se preocupaba por los dos pistoleros, convencido de no volver a ser molestado por éstos. Probablemente ya no intentarían protegerle.

Encendió un cigarrillo y anduvo con lentitud, sumido en sus pensamientos. Su vida había cambiado por completo, llevando dos meses en su nueva posición. Vivía bien y ya poseía una pequeña fortuna; cuando ésta aumentase compraría un terreno y se haría edificar una, confortable casita.

Todos sus deseos se cumplirían, pues no se consideraba excesivamente ambicioso.

De pronto se estremeció, creyendo haber oído jadear a varias personas. El rumor resultaba inconfundible para él; muy cerca se desarrollaba una pelea.

Reaccionó y se dirigió hacia aquel lugar. La oscuridad, de la noche impedía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se detuvo

al ver a tres hombres, luchando encarnizadamente.

—Eso no está bien —gritó el joven, indignado—, dos contra uno.

Le respondió un alarido de muerte y uno de los hombres se desplomó. Matt tuvo la seguridad de que había sido acuchillado, apresurándose a correr.

Dos hombres se inclinaron sobre su víctima, registrándole con afán. La indignación del joven aumentó, acelerando su carrera. Oyó como uno de los agresores lanzaba una maldición.

—No lo lleva encima. Lo tendrá guardado en algún sitio.

Matt ya se encontraba a escasos metros de ellos, pero se levantaron y huyeron precipitadamente. El joven quedó indeciso sobre lo que hacer, decidiéndose a auxiliar a la víctima.

CAPÍTULO II

Se inclinó sobre el hombre y al tocarlo se manchó la mano con un líquido viscoso; sangre.

En la espalda vio una navaja, pues el agresor no se había molestado en retirar el arma. Matt inmediatamente se dio cuenta de que la herida era mortal. Con cuidado dio media vuelta al herido y éste abrió los ojos, mirándole con ansiedad.

—Esos bandidos me... han matado.

—Quizá no sea nada —mintió el joven—. Llamaré un taxi y le conduciré a un dispensario.

—Es inútil, me estoy muriendo.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, bien vestido. Sus facciones eran correctas y denotaban inteligencia, aunque en aquel momento estuviesen contraídas por el dolor.

—Volveré enseguida.

—No se vaya... por favor —rogó el herido.

Matt no se movió. Aquel hombre tenía razón, sería inútil cuántos esfuerzos realizase por salvarle. Su estado era desesperado, y no tardó en expirar.

—¿Quiénes han sido los que le han matado?

—No los conocía; querían... apoderarse de los documentos y... no lo han conseguido. Me fío de usted... prométame que los entregará al profesor... Henderson.

—Se lo prometo —asintió Matt, notando como la mano del moribundo oprimía la suya.

—Gracias, joven. Siempre... le estará reconocido.

El herido perdió el conocimiento. Por un momento Matt temió hubiese muerto, pero su corazón latía débilmente. Le acababa de prometer entregar los documentos al profesor Henderson, pero ¿dónde estaban aquellos documentos?

Registró la ropa del herido, hallando tan sólo algunos billetes. La

cartera y cuánto poseyó fue sustraídos por sus agresores. Matt se quedó aturdido. ¿Cómo diablos iba a cumplir su promesa si ignoraba dónde se encontraban aquellos documentos? Y al parecer debían de ser muy importantes, pues por ellos acababan de matar a aquel hombre.

Encendió un cigarrillo. Aspiró una bocanada de humo y lo arrojó en la boca del moribundo. Éste tosió y abrió los ojos. Su vidriosa mirada se posó en el rostro del joven, recordando inmediatamente todo lo ocurrido.

—Me llamo Arnold... Wilson. Vivo en...

Se detuvo unos segundos, respirando con dificultad; después pronunció una dirección.

Matt la repitió y Wilson asintió con un movimiento de cabeza.

—Los documentos están en él... aparato de la... ducha. Esos asesinos no... lograrán encontrarlos.

—Iré a buscarlos.

—Confío en usted. Es muy... importante. Se trata del plano de un arma... nueva.

Matt se estremeció; el azar le había hecho intervenir en un caso de espionaje. Conocía algunos casos recientes, todos muy conocidos, habiendo muchas víctimas. No se vacilaba en matar a un ser humano, con tal de conseguir su propósito. El ejemplo lo tenía delante. Arnold Wilson acababa de ser asesinado para despojarle de aquellos documentos.

—Haré cuánto me sea posible para entregar el plano al profesor Henderson.

No obtuvo respuesta. La mano de Wilson continuaba oprimiendo la suya. Lo miró, viéndole con los ojos desmesuradamente abiertos; estaba muerto.

Piadosamente le bajó los párpados. Con cuidado dejó caer el cuerpo en el suelo. Lo miró por última vez y se alejó unos pasos. Todavía tenía en la mano el cigarrillo y lo arrojó. Estaba vivamente indignado por aquel asesinato. Arnold Wilson era una excelente persona, todas sus palabras lo indicaban. Ni un solo momento se lamentó por su suerte; tan sólo anhelaba realizar su deber, haciendo llegar los valiosos documentos a su legítimo dueño, al profesor Henderson.

Una pregunta le asaltó. Si el verdadero poseedor de aquellos

documentos era el profesor Henderson, ¿cómo se encontraban en poder de Arnold Wilson?

No debía preocuparse de aquello, su deber se limitaba a cumplir la promesa dada al moribundo.

No se le olvidaba la dirección dada por Wilson, aunque la encontraba extraña. Se trataba de una calle situada en un humilde barrio de la ciudad, no pareciendo lógico fuese la vivienda de un hombre tan distinguido como Arnold Wilson. Esto resultaba indiscutible, pues sus facciones y su indumentaria indicaban al hombre poseedor de una elevada posición.

Notaba en su mano la viscosidad de la sangre, deseando lavársela cuanto antes. Le repugnaba dejar el cadáver solo, pues su deber era comunicarlo a la policía.

No, no lo haría. Su situación podría ser comprometida, ya que no existía testigo alguno. Hasta podía ser sospechoso, y esto no le permitiría cumplir la promesa hecha al moribundo.

Llegó a su alojamiento y se lavó cuidadosamente. Después escanció *whisky* en un vaso y bebió con avidez. Estaba acostumbrado a contemplar la muerte; en Corea tuvo ocasión de ello. Pero una cosa era ver un cadáver en un campo de batalla, y otra muy distinta en una calle de Nueva York, tras haber sido alevosamente agredido.

Se desnudó y se tendió en el lecho. Al día siguiente iría a la dirección indicada por Wilson y trataría de recoger los documentos; sólo le quedaría buscar al profesor Henderson y entregárselos. Su misión quedaría cumplida.

Pero él hubiese deseado más, descubrir a los asesinos y darles su merecido castigo. Aquel crimen no debería quedar impune.

La puerta del apartamento de Arnold Wilson estaría cerrada, siéndole muy difícil poder entrar en él. Y, sin embargo, debería conseguirlo. Sobre el terreno vería cuál sería su decisión.

El timbre del despertador le hizo abrir los ojos a las siete de la mañana, saltando con rapidez del lecho. Se metió en la ducha, notando el contacto reconfortante del agua. Su mirada se clavó en el aparato de la ducha. En uno parecido estaban aquellos codiciados documentos, por cuya posesión ya había muerto un hombre.

Probó a desmontarlo, no siéndole difícil conseguirlo. Si era como aquél no encontraría inconveniente; si fuese distinto también

lograría desmontarlo, pese a no ser muy diestro.

Se vistió apresuradamente; yendo en busca de su coche. No tardó en detenerse ante la dirección indicada por Arnold Wilson. No estaba equivocado, se trataba de una casa de cuatro pisos, de modesta apariencia.

Siguió hacia delante; no le convenía dejar el coche delante de la casa, debiendo tomar precauciones para evitar ser sorprendido. Los asesinos de Wilson se apoderaron de su cartera y tendrían aquellas señas.

Se detuvo en una calle próxima y saltó del automóvil, dirigiéndose a la casa. Observó con atención cuando le rodeaba, no viendo nada sospechoso.

Entró en la casa y subió la escalera, no tardando en detenerse ante una puerta. Llevaba consigo un fuerte alambre; con él podría forzar la cerradura y entrar en el apartamento. Todo estaba en silencio, no observando nada anormal.

Extrajo el alambre y lo introdujo cuidadosamente en la cerradura, dispuesto a manipular con él. Su sorpresa fue inmensa al notar que la puerta se abría con suavidad, habiendo bastado con empujarla ligeramente. Ya estaba abierta, los asesinos se le anticiparon.

¿Y si todavía se encontraban en el apartamento?

Matt apretó los dientes con fuerza ante este pensamiento. Lucharía contra ellos, haciendo cuanto le fuese posible para entregarlos a la justicia.

Entró en el apartamento con lentitud, encontrándose en un pequeño recibidor. Éste carecía de muebles, dando la sensación de encontrarse deshabitado. Reinaba un silencio absoluto y el joven continuó hacia delante con decisión. No tardó en recorrer todo el apartamento.

Éste contaba con dos habitaciones, una cocina reducida y el cuarto de aseo.

Pero todo se encontraba en el mayor desorden. Todo fue registrado, al principio cuidadosamente, después con verdadera furia, al no encontrar el anhelado botín.

Aquel apartamento no servía para vivir, sino para trabajar. Los escasos muebles lo indicaban; tan sólo vio un sofá convertible en cama. Muchos objetos se encontraban en el suelo destrozados,

víctimas de la furia de los forajidos.

¿Y si habían encontrado el objeto por el cual se produjo aquel destrozo?

No podía ser. Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven. De ser así todo estaría perdido, no pudiendo cumplir la promesa hecha a un moribundo. La muerte de Arnold Wilson no podría ser vengada, quedando impune.

Se quedó inmóvil en el cuarto de aseo. Éste también fue objeto del examen devastador. Su mirada se fijó en el tubo de la ducha, ascendiendo. La alegría le invadió, pues parecía haber sido respetado por la brutal brusquedad.

Se dirigió a él y procedió a desmontarlo. Lo consiguió sin excesivas dificultades. Sus ansiosos dedos tropezaron con un objeto redondo. Ni siquiera lo miró, ocultándolo apresuradamente en el bolsillo interior de su chaqueta. Daba la sensación de temer ser sorprendido por inesperados enemigos.

Saltó al suelo, pues había subido a una silla, y salió del cuarto de aseo. Entonces oyó una voz amenazadora.

—Nos alegramos de verle, señor. Y confiamos haya sido más afortunado que nosotros.

Matt vio a un hombre alto y delgado junto a la puerta que daba al reducido, recibidor. Le encañonaba con una pistola y se reprochó amargamente haber caído en una trampa. No sólo le sería imposible cumplir su juramento a Arnold Wilson, sino que su suerte sería análoga a la de él.

La policía, encontraría su cadáver en aquel piso, sin lograr hallar un indicio que le llevase a descubrir aquel misterio, donde dos hombres hallaron la muerte.

Notó como la furia e indignación brotaban en su interior. Todo su ardoroso temperamento se sublevaba al encontrarse en aquella situación. Él no sería asesinado, mí se dejaría arrebatar aquellos documentos.

Lucharía con todas sus fuerzas para evitarlo. Tan sólo al profesor Henderson entregaría aquel tubo cilíndrico.

—¿Quién es usted? —inquirió dando un paso hacia el pistolero.

Éste lanzó una burlona carcajada; después ordenó con firmeza:

—No vuelva a dar un paso más. Si no obedece, dispararé.

—No me ha contestado.

—Eso carece de importancia. Quiero lo que ha cogido del interior del cuarto de aseo.

El joven no apartaba la mirada del negro cañón de la pistola, como si de un momento a otro esperase ver brotar un fogonazo, notando en su cuerpo el impacto mortífero del proyectil.

—No he cogido nada. Si está todo destrozado...

—Usted fue quien auxilió a Arnold Wilson. No, no trate de negarlo, le he reconocido. Apenas pude verle, pero no me equivoco. Wilson le comunicó el lugar donde había ocultado los planos; me alegro, usted nos ha ayudado mucha. Nuestro reconocimiento será eterno, pues hubiera muerto sin revelarnos el escondite. Era muy obstinado.

—No entiendo nada de cuánto está diciendo. Tan sólo he venido a visitar al señor Wilson y me he encontrado con esta escena.

—Está mintiendo. Arnold Wilson no tenía alquilado este apartamento a su nombre.

—Le aseguro...

Y dio un paso hacia su enemigo.

El cañón de la pistola se alzó amenazadoramente.

—No se mueva o dispararé.

—No intento nada contra usted —mintió Matt.

—Me alegraré por su pellejo, pues no vacilaré en agujereárselo. Charlie, regístrale.

Los nervios del joven se pusieron en tensión. Hasta entonces creyó estar solo con su enemigo, pese a haber hablado este en plural. Vio en el otro lado de la estancia a un individuo de escasa estatura y rechoncho. Su aspecto era parecido al de un perro de presa.

—¡Hola, compañero! —exclamó el rechoncho forajido acercándose al joven.

Enseñaba unos fuertes y sucios dientes al sonreír. Su mano, parecida a una zarpa, se dirigió hacia Matt. Éste, instintivamente, retrocedió un paso.

—¡Quieto, muchacho! Debe ser obediente, si me enfurezco será peor. No vacilaré en matarle.

El joven no le miraba, sus ojos estaban fijos en la pistola. Respondió con calma:

—Y si me estoy quieto, también. ¿No es cierto?

—No, no somos tan sanguinarios. ¿Verdad, Zeman?

—Exacto. Con los planos nos daremos por satisfechos.

—Siendo así, de acuerdo —respondió Matt.

Hizo ademán de introducir la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, pero no llegó a hacerlo. Su puño se incrustó en el rostro de Charlie. Éste vaciló y sus piernas se doblaron. No llegó a caer, Matt lo evitó abalanzándose sobre él y sosteniéndole entre sus brazos.

Garnet Zeman quedó desconcertado, pues su compañero ocultaba a su enemigo. Matt empujó al rechoncho pistolero y éste cayó sobre Zeman, derribándole.

Matt no se entretuvo y corrió hacia la puerta. Vio cómo Zeman se disponía a encañonarle desde el suelo. Se detuvo y le propinó un puntapié, alcanzándole en el mentón. El pistolero cayó hacia atrás como fulminado por una descarga eléctrica.

Llegó al recibidor y abrió la puerta. Entonces una mole se le echó encima. Maldijo su precipitación; debió poner fuera de combate a Charlie, ahora no se encontraría sujetado por sus cortos y nervudos brazos. Durante unos segundos forcejearon con furia, llegando al rellano de la escalera.

Charlie le soltó, propinándole un golpe en el rostro. Matt se tambaleó, viendo como el pistolero le enseñaba los dientes en una sonrisa cruel y triunfal.

Con las manos unidas, Charlie se dispuso a propinarle un golpe en la nuca. Se anticipó con la mayor rapidez posible, deseando salvar su vida. Su izquierda golpeó con sequedad el estómago del pistolero, éste se estremeció y no logró reaccionar, pues Matt le asestó un derechazo a la mandíbula.

En aquel golpe puso toda su furia. Charlie giró sobre sí mismo, apoyándose en la barandilla. Su cuerpo bamboleó durante un instante, mientras de su garganta salía un grito de terror.

No le fue posible mantener el equilibrio y se precipitó al vacío. Tampoco Matt pudo evitarlo, sujetándole por las piernas, pues no deseaba matar a su enemigo.

El cuerpo de Charlie produjo un siniestro sonido al chocar en la planta baja. Se abrieron algunas puertas, pero Matt no se fijó, descendiendo los peldaños con la mayor rapidez posible. No se detuvo un solo instante, saliendo a la calle. Tan pronto lo hubo

hecho sus movimientos fueron normales, no denotando la menor prisa.

Llegó a su automóvil y regresó a su apartamento.

Tenía la boca seca, aunque conservaba la serenidad. Acababa de salir de un apurado trance, pues estuvo en un tris de perder la vida. Primero cuando le encañonó Zeman, después cuando intentó disparar contra él, evitándolo con un certero puntapié. Después cuando fue alcanzado por Charlie.

No se podía quejar del resultado obtenido. Tenía en su poder los valiosos planos y mató a uno de los asesinos de Arnold Wilson. Este infortunado acababa de ser vengado a medias y su última petición parecía cumplirse.

Llegó a su alojamiento y dejó el tubo sobre una mesita, quitándose la chaqueta. Vertió una generosa cantidad de *whisky* en un vaso y se sentó cómodamente. Bebió un trago, notando como se calmaba su agitación interior.

Encendió un cigarrillo y examinó con curiosidad el tubo. Era de plástico y estaba herméticamente cerrado. No le resultó difícil abrirlo, extrayendo unos planos hechos sobre un papel finísimo. No le aclaró nada, pues resultaba un verdadero enigma para él.

Se encogió de hombros, colocándolo dentro del tubo.

A él no le importaba, su misión consistía en devolverlo al profesor Henderson, probablemente su verdadero dueño.

Se afeitó y buscó un lugar adecuado para esconderlo. No podía llevarlo encima, pues podía ser víctima de un ataque. Si esto le ocurría, sus enemigos conseguirían apoderarse de su objetivo.

Miró a su alrededor, comprobando no existir en su apartamento un lugar donde colocar el tubo. El aparato de la ducha no serviría, pues Zeman buscaría en él. Lanzó el tubo al aire, cogiéndolo despreocupadamente, mientras su mirada erraba de un lugar a otro.

¿Dónde diablos iba a colocar el tubo?

Se repetía continuamente esta pregunta, sin hallar una respuesta adecuada. De pronto se detuvo y una sonrisa entreabrió sus labios. Ya había hallado el escondite ideal, o por lo menos el más adecuado.

Cogió un pote y lo abrió. Contenía café e introdujo el tubo en su interior. No se trataba de un escondite sólido, pero el único posible en su apartamento. Cuando tapó el pote dejó escapar un suspiro, y

se encogió de hombros.

Salió a desayunar, pues notó inmediatamente un apetito atroz. Una vez hubo comido, fue en busca de una grúa telefónica, hojeándola con interés. Se detuvo ante los Henderson e hizo un gesto de desaliento. Había numerosos Henderson e ignoraba el nombre del profesor. ¿Cómo le sería posible localizarlo?

Se trataba de un grave problema, pero él debía resolverlo cuanto antes. Una idea cruzó su mente, apresurándose a llevarla a cabo. Sí, esto le permitiría localizar al profesor Henderson, pudiendo llegar hasta él y entregarle el tubo.

Llamó a «Informaciones», respondiéndole una agradable VOZ.

—¿Haría el favor de indicarme la dirección del profesor Henderson?

—Puede buscarlo en la guía, señor.

—He intentado hacerlo y no lo he conseguido. Hay muchos Henderson y no indica la profesión. Además, desconozco su nombre.

—Es muy difícil, señor.

—No lo ignoro. Sea buena chica y se lo agradeceré.

La telefonista pareció vacilar; al fin respondió:

—Espere un momento, trataré de complacerle.

—Es usted un ángel, señorita.

Poco después recibía tres direcciones.

—No sé cómo demostrarle mi agradecimiento.

—Ya lo ha hecho, señor. Adiós.

Matt colgó el auricular; en su mano tenía un papel con las tres direcciones anotadas. Todo se limitaría a una breve investigación, no tardando en encontrarse ante el profesor Henderson. Todo muy sencillo.

CAPÍTULO III

Contempló el soberbio edificio. Allí estaba el despacho del profesor Henderson. Entró en el ascensor y ante la mirada inquisitiva del empleado se apresuró a decir:

—Piso diecinueve.

El artefacto emprendió veloz la ascensión, no tardando en detenerse. El empleado le abrió la puerta respetuosamente.

—Piso diecinueve, señor Nixon.

El joven le miró sorprendido.

—¿Me conoce usted?

—Le he oído cantar dos veces, soy un gran admirador suyo. ¿Haría el favor de dedicarme un autógrafo?

—No faltaba más, amigo.

Y Matt firmó en un block del empleado. Éste le repitió las gracias varias veces. El joven salió sonriendo, sintiéndose halagado. Ya había firmado varios autógrafos, pero siempre en el local donde trabajaba y a algunos conocidos. Se trataba de la primera vez que era reconocido en un lugar público. Esto indicaba, que empezaba a ser famoso.

Sacudió la cabeza; debía olvidarse de su profesión, dedicando todo su interés al cumplimiento de su inesperada misión. Una vez realizada, de nuevo se convertiría en el cantante. Aquella noche actuaría libre de inquietudes, con la conciencia tranquila. Habría cumplido con su deber, pues el azar le puso ante un hombre moribundo.

Llamó a la puerta y ésta no tardó en abrirse, apareciendo en el umbral una llamativa joven. A pesar de su blanco uniforme, sus mórbidas curvas quedaban reflejadas a la perfección. El joven la contempló con abierta admiración; después el confortable y moderno vestíbulo.

—Temo haberme equivocado, esto parece la entrada del paraíso.

—¿A quién desea ver, señor? —preguntó la enfermera con fingida severidad, pues apenas pudo contener una sonrisa.

—Al profesor Henderson.

—No se ha equivocado. No me explico cómo ha dicho eso, esta placa lo indica.

—La confundí con un ángel y todo esto es tan acogedor...

—El profesor Henderson estará ocupado unos diez minutos.

—No importa, esperaré. ¿Podré disfrutar de su agradable compañía?

—No me es posible, tengo trabajo.

—¡Qué lástima! Nunca he sido afortunado; cuando creo hallar un ángel se me escapa de las manos.

—¿A quién debo anunciar?

Matt le entregó una tarjeta. Ella procuraba aparentar una gran seriedad, pero sus ojos le envolvían en una cálida mirada. Cuando leyó su nombre, su bello semblante enrojeció.

—Matt Nixon. ¿Acaso es usted el cantante?

—Sí; si lo duda puedo cantarle una canción.

Eli: le miraba arrobada. Su firme seno se agitaba emocionado.

—No es necesario, señor Nixon. Nada me gustaría tanto como escucharle. Es muy extraño, ¿para qué desea hablar con el profesor, Nixon?

—Dígale que es muy importante.

—Sí, señor Nixon.

—Por favor, llámeme Matt.

—Sí, Matt —respondió casi en un suspiro.

Y se alejó, balanceando sus sugestivas caderas. Matt miró al techo mientras se censuraba acremente su absurda conducta. Llegó hasta allí para cumplir una importante misión, erizada de peligros, no para flirtear con una encantadora enfermera.

Se entretuvo leyendo unas revistas científicas. Excepto dos artículos, lo demás careció de interés para él, pues no estaba versado en aquella materia. Consultó su reloj; ya llevaba más de veinte minutos esperando, siendo excesivo. La enfermera le indicó tan sólo diez minutos.

Ni una sola vez apareció. Ya pensaba en llamar la atención de alguien cuando se abrió la puerta, apareciendo la enfermera. No pudo menos de admirarla.

—El profesor Henderson le espera, Matt.

—Gracias, encanto.

El profesor Henderson era un individuo de corta estatura, delgado y de aspecto nervioso. Su larga y blanda barba se agitaba continuamente. Alargó su manecita, estrechando la del visitante, después señaló una silla.

—Haga el favor de sentarse, señor Nixon. No me explico el motivo de su visita.

El joven lo examinaba con atención. Tuvo la seguridad de no ser aquél el hombre a quién él debía encontrar. Esto le hizo decir con suavidad:

—Quizá esté equivocado y no sea usted la persona a quién deseo ver.

El profesor Henderson parpadeó sorprendido.

—¿Qué quiere usted decir? No le entiendo.

—Es muy sencillo, profesor. Me interesa hablar con el profesor Henderson, pero ignoro su nombre y quién es.

—Todo esto es muy confuso. No puedo perder mi tiempo. —El profesor Henderson se levantó—. La enfermera le acompañará hasta la puerta.

Matt no se inmutó; con un ademán le obligó a escucharle.

—Tan sólo se trata de una pregunta.

—Bien, hágala.

—¿Conoce usted al señor Arnold Wilson?

—No.

—Decididamente estaba equivocado, lamento haberle entretenido.

El profesor ya había tocado un timbre, apareciendo la atractiva enfermera.

—El señor Nixon se marcha —dijo con frialdad.

El joven se inclinó con una burlona sonrisa, conteniendo el impulso de enviar al infierno al petulante hombrecillo. En realidad tan sólo le entretuvo un par de minutos.

—Su jefe es muy desagradable —comentó Matt sonriendo cuando estuvo en la puerta.

—Sí, pero se trata de un buen empleo. En el fondo no es mala persona, su mayor defecto es la exigencia.

Se inclinó y rozó con sus labios la mejilla de ella.

—Gracias por todo, encanto.

—Adiós, Matt —respondió ella con voz desfallecida por la emoción.

Una vez en el interior de su coche, Matt extrajo un papel de su bolsillo y tachó un nombre y una dirección. Contempló las otras dos y puso el coche en marcha.

No tardó en encontrarse en una calle tranquila, amplia y de aspecto acogedor. Todos los edificios eran de la misma altura, cuatro pisos. Examinó la numeración y se detuvo, descendiendo del coche con rapidez, entrando en la casa. La portera le examinó con curiosidad.

—¿El profesor Henderson?

—Segundo piso, señor.

—Muchas gracias, señora.

Pulsó el timbre, tras realizar una ligera aspiración después de la rápida ascensión, pues no existía ascensor.

Oyó unos pasos rápidos y se abrió la puerta. Contuvo el impulso de exhalar un silbido de admiración. Aquel día parecía surgirle la belleza por doquier, como si fuese una tentación. No pudo menos de compararse con Parsifal, el divino héroe de Wagner. A éste le acecharon las tentaciones, cuando trataba de cumplir su misión.

Sonrió ante aquella absurda comparación. Movié la cabeza con lentitud y examinó con mayor detenimiento a la muchacha. Era joven, apenas habría cumplido los veinte años, siendo alta y de esbelto talle. Sus negros cabellos caían con encantador desorden sobre sus hombros. Sus facciones eran bellas y armoniosas, destacando sus grandes ojos negros.

—¿Qué desea, señor?

—Hablar con el profesor Henderson.

—No se encuentra en casa.

—Haría el favor de decirme dónde podría encontrarle. Necesito verle cuanto antes.

Matt notó, sorprendido, como ella palidecía. Se echó a un lado para dejarle pasar.

—Haga el favor de entrar.

Obedeció y la muchacha cerró la puerta. Le precedió hasta una salita, ofreciéndole una silla. Se sentó frente a él, y al hacerlo, Matt pudo admirar dos piernas admirablemente torneadas.

—¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Matt Nixon.

—¿Es amigo o colaborador de mi tío? No recuerdo haberle visto antes.

—Así es, señorita. No conozco a su tío, ni siquiera sé si se trata de la persona a quién deseo hablar.

—No le entiendo.

—Es bastante difícil de explicar. Ahora permítame hacerle una pregunta.

—Puede hacerla —respondió la muchacha mirándole con estupor.

—¿Conoce usted al señor Arnold Wilson?

—Sí, es el ayudante de mi tío e íntimo amigo suyo.

—Entonces es con su tío con quien deseo hablar.

—Lo lamento. Ignoro dónde se encuentra mi tío, ya hace dos días que no tengo noticias de él.

—¿Dos días? ¿Y no está usted alarmada?

—Sí. Pero estoy esperando su llegada.

—¿No se encontraba en Nueva York?

—No, en un pueblo de los alrededores, estaba trabajando en un importante descubrimiento con Arnold. Pero no sé si debo decirle todo esto.

Matt asintió en silencio, mientras se apoderaba de la mano de la joven. Ésta no trató de oponerse.

—Debo darle una mala noticia, señorita. Anoche, Arnold Wilson fue asesinado.

La joven exhaló un grito de angustia, mientras se llevaba las manos al pecho. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos en el rostro de Matt.

—No es posible.

—Sí. Le cerré los ojos cuando expiró. No pude hacer nada por evitar su muerte. Cuando llegué los dos desalmados huyeron.

—¡Dios mío, es horrible! —exclamó la muchacha, sollozando.

Matt se levantó y le puso una mano en el hombro con ternura.

—Se lo he dicho bruscamente, debe perdonarme.

Extrajo su pañuelo y se lo alargó. Ella lo cogió y se enjugó las lágrimas; después intentó en vano sonreír:

—Hubiese sido lo mismo. Quería mucho a Arnold, le conozco

desde que era niña.

El joven permaneció silencioso, después empezó a hablar, volviéndose a sentar frente a la muchacha.

—Me he visto metido en este asunto en contra de mi voluntad. Ahora debo seguir hacia delante, pues prometí a Arnold Wilson hacerlo. Los asesinos buscaban un plano, Wilson me comunicó el lugar donde lo tenía oculto antes de morir. Se encuentra en mi poder, pues esos asesinos no lograron encontrarlo, aunque se hallan bien informados de los movimientos de su tío y su ayudante.

—¿Qué va usted a hacer?

—Encontrar a su tío y entregárselo. Si no lograra hacerlo, me dirigiré a la policía.

—Sí, es su deber.

—No entiendo de descubrimientos, pero al parecer el de su tío es muy importante. He luchado por mi patria en Corea y no estoy dispuesto a permitir el triunfo de esos traidores. ¿Cómo se llama usted?

La muchacha levantó la cabeza sorprendida; sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—Irene Cranis.

—Permítame llamarla Irene.

Ella hizo un movimiento afirmativo.

—Su tío se encuentra en una apurada situación, usted también... y hasta yo. Debe confiar por completo en mí, pese a ser un desconocido para usted. Esos hombres están dispuestos a todo con tal de conseguir esos planos.

—Confío en usted, Matt —respondió ella, impulsiva.

—Gracias. Debe salir lo menos posible de su casa y no abrir la puerta a un desconocido. ¿Cómo se llama el pueblo donde se encontraba su tío?

—Lo ignoro. Desde hace unos días mi tío y Arnold actuaban con grandes precauciones, como si temiesen lo que ha ocurrido. No sé cómo se llama ese pueblo ni por dónde se halla situado. Estoy acostumbrada a largas ausencias de mi tío y no me preocupaba ésta.

—Lo comprendo. Será muy difícil descubrirlo, es un lamentable inconveniente.

Pero Matt no estaba diciendo lo que pensaba. Una idea habíase clavado en su cerebro; en vano trató de alejarla, pero cada vez se

hallaba más convencido de no equivocarse.

—¿Cuántos años tiene su tío, Irene?

—Sesenta y dos.

—¿El estado de su salud es satisfactorio?

—¡Oh, sí! Tío Eugene no acostumbra a estar enfermo. ¿Puede haberle ocurrido algo?

En el tono de la muchacha se reflejaba una gran ansiedad. Matt mintió para calmarla.

—No lo creo.

Sin embargo, ella no se dejó engañar.

—Ahora me está mintiendo, Matt. Mi tío se encuentra en peligro.

—Es posible, se lo he dicho antes. Usted y yo también lo estamos, por eso le recomiendo tenga mucho cuidado. Esta noche cenaremos juntos, vendré a buscarla.

—¿Lo cree usted necesario?

Matt creyó advertir una súbita desconfianza en los bellos ojos de Irene. Le cogió la mano, acariciándola con ternura. No se explicaba cómo adoptaba esta actitud; quizá se debiese a verla sola y a merced de aquellos asesinos. Pero no, se trataba de algo muy distinto, difícil de analizar y desconocido hasta entonces para él.

—No la engaño. Me llamo Matt Nixon y empiezo a tener fama como cantante. Comprenderá que en mi situación no voy a complicarme en un asunto de espionaje. Tengo una medalla y una mención honrosa de mi campaña en Corea, considerándome un buen patriota.

—Le creo, perdone si he llegado a desconfiar de usted.

—Era lógico.

—¿Dónde se encuentra él... cadáver de Arnold?

—Probablemente en la Morgue. Carece de toda documentación, su identidad no habrá sido descubierta por la policía.

—Iré y lo reconoceré; debe ser sepultado cuanto antes cristianamente.

—No lo haga. Con eso sólo conseguirá atraer la atención de esos forajidos hacia usted. Desgraciadamente nada podemos hacer por el amigo de su tío; un día o dos más de estar en la Morgue será conveniente, mientras podemos hallar la mejor solución de esta pesadilla.

—Haré cuanto quiera.

—Buena chica —asintió Matt complacido, dándole una cariñosa palmada a su mano—. Esté preparada, vendré a buscarla a las nueve.

—No le haré esperar.

Le acompañó hasta la puerta. Él sonrió al estrecharle la mano.

—Hasta luego.

—Es usted muy bueno, le estoy muy agradecida.

—¡Bah, no tiene importancia!

Continuaba reteniendo su mano. La soltó con inesperada brusquedad y descendió la escalera.

Todavía se encontraba más desconcertado. No se explicaba aquel extraño sentimiento; éste brotó de improviso en el interior de su ser. Debía de ser compasión por la triste situación de la muchacha, pero no lo creía.

Irene Cranis era muy linda, gustándole retener entre las suyas su mano. También le hubiese gustado estrecharla entre sus brazos y besarla. Esto le sucedía con frecuencia cuando tenía delante una mujer bonita, pero con Irene resultaba distinto, no lograba explicárselo.

¿Estaría enamorado?

Este pensamiento le hizo enrojecer, intentando negarlo con decisión, pero no le fue posible. Continuaba vacilando.

Alejó aquel tema de su pensamiento. Tenía mucha importancia para él, aunque debía dedicar toda su atención a la búsqueda del profesor Henderson. Su misión se complicaba más de lo previsto; de haberse encontrado ante el profesor, con entregarle los planos se habría visto desligado de aquel desagradable asunto, cumpliendo la promesa hecha a un moribundo.

Pero no era así. La sobrina del profesor ignoraba su paradero, y él empezaba a sospechar algo peor. El profesor Henderson estaría muerto o en poder de sus enemigos.

Sólo tenía un indicio, el apellido del asesino de Arnold Wilson. Su cómplice ya estaba muerto. Zeman era el apellido, y en Nueva York existirían muchos individuos llamados así. Confiaba no serle difícil encontrarlo.

Pero Arnold Wilson no quedaría vengado hasta no ser detenido el inductor de su asesinato. Probablemente la intención de los

pistoleros era de apoderarse de él, pero su inesperada intervención los asustó y le clavaron la navaja.

Llamó a una puerta diez minutos más tarde. Ésta se abrió con sigilo y unos agudos ojos le examinaron con recelo. Inmediatamente brotó una exclamación de alegría.

—¡Si eres Matt Nixon! Dichosos los ojos que te ven, muchacho. Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Así es, Stanley.

—Entra y perdona el desorden. Continuo siendo tan descuidado como siempre.

El joven lanzó una mirada a su alrededor, viendo periódicos y novelas por doquier, todo en el mayor desorden. El apartamento daba la sensación de ser un endiablado caos. Stanley, que estaba en mangas de camisa, se apresuró a quitar de una silla un par de zapatos.

—Siéntate, muchacho. Te prepararé un trago de *whisky*.

Y le guiñó un ojo.

—Te lo agradeceré, no me vendrá mal un trago.

Vertió generosas raciones de *whisky* en dos vasos, alargó uno a su amigo, quitó varios objetos de otra silla y se sentó frente a Matt.

—Deberías casarte, Stanley. Me da pena ver cómo vives.

—Después de tanto tiempo de no vernos no me vengas con sermones; soy feliz así, muchacho. Por nada del mundo quisiera perder mi independencia. Todo lo tengo a la mano; cuando deseo algo lo tengo enseguida.

Matt movió la cabeza con gesto incrédulo.

—No tratarás de burlarte de mí. Esto se haya convertido en un endemoniado laberinto.

—No lo creas. Dices esto porque eres un ignorante en esta materia. Sólo necesito alargar la mano para encontrar lo que quiero.

—Es verdaderamente sorprendente tu organización, Stanley.

Éste miró con atención a su amigo.

—Y tú, ¿te has casado?

—No.

—Eres un hipócrita, esa faceta la desconocía en ti. Predicas lo que no crees.

—Es posible que no tarde en hacerlo.

—¿Tienes novia?

—No, la he conocido hace una hora.

—¡Vaya, eso es un flechazo!

—Sí, lo estoy creyendo.

—Debo felicitarte, te has convertido en un gran cantante. Siempre confié en ti, lo mismo que Paul. Los tres nos vamos abriendo camino, eso es lo importante.

—Paul actúa con un excelente conjunto y tú ya has conseguido renombre en tu profesión.

—Aún no, necesito realizar mi gran reportaje. Todavía no te he visto actuar y lo lamento. No tengo tiempo, muchacho. Hará una media hora que me he levantado. Mi profesión es muy ajetreada.

—Antes de venir a tu casa, llamé a la redacción; allí me informaron dónde podría encontrarte. Temía despertarte.

—Era igual, no siempre se tiene la oportunidad de ver a un amigo.

Stanley Connors tenía una edad aproximada a la de Matt y era tan alto como él, aunque su constitución física no fuese tan corpulenta, siendo desgarbado. Un mechón de cabellos negros caía sobre su frente.

—¿Qué te ha inducido a visitarme, Matt? No tratarás de hacerme creer que fue el deseo de volver a verme.

—Con eso ya estaría justificado, ¿no crees? —respondió Matt, mientras bebía un trago de *whisky*.

Dejó el vaso sobre una mesa, tras hacer un hueco entre varios periódicos. Alargó su cajetilla de tabaco a Stanley. Ambos amigos encendieron sendos pitillos.

—A otro con ese cuento, muchacho. Tú me necesitas.

—Eres muy sagaz.

—No es necesario serlo para llegar a esa conclusión. No dudo que te alegres de verme, pero me habrías llamado y hubiéramos cenado juntos. No ha sido así, has llegado apresuradamente a mi casa, con el riesgo de interrumpir mi bien ganado descanso.

—Me dejas pasmado con tus razonamientos.

—¡Vete al infierno! Habla de una vez.

—Pareces muy interesado en saberlo.

—Naturalmente, es mi profesión. Tengo curiosidad por conocer el lío en que te has metido.

—Aún en contra de mi voluntad no puedo decirte nada.

—Cometes un error, mi experiencia te serviría de mucho. Tú solo eres un cantante.

—Quisiera saber dónde encontrar a un individuo llamado Zeman.

Las cejas de Stanley Connors se enarcaron, sus ojos estaban fijos en el rostro de su amigo.

—En Nueva York existen muchos hombres llamados así.

—No lo ignoro. Éste es alto, delgado, cara enjuta y cabellos negros. Su profesión es dudosa.

Los ojos oscuros de Stanley brillaron.

—Pero no su honorabilidad.

—Exacto.

—Sé quién es. Se llama Garnet Zeman y ya ha cumplido algunas condenas por realizar fechorías, la mayoría a mano armada. Un individuo poco recomendable.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Un momento, Matt. Tú y yo somos amigos, entre nosotros no deben existir secretos. Te encuentras en un apuro y mi deber es ayudarte a salir de él. ¿No tienes confianza en mí?

—Por completo.

—Eres un Judas. Debería abandonarte a tus fuerzas, no eres merecedor de otra cosa.

Matt le miró sorprendido.

—No me explico cómo me hablas en ese tono.

—Esta mañana han encontrado muerto a Charlie Kroufeld. Es un compinche de Zeman. Cayó desde lo alto de una escalera. ¿Qué sabes de todo esto, muchacho?

El joven cogió el vaso y bebió otro trago; después habló despacio.

—Fui yo quien le golpeó. La barandilla no logró contener el impulso de su cuerpo y se derrumbó, no pude evitarlo.

El rostro de Stanley no expresó la menor sorpresa, continuando con la mirada fija en su amigo.

—Sigue, Matt. Explícame tu odisea, has despertado en mí una gran curiosidad. Desde luego, puedes contar con mi ayuda. Nunca acostumbro a dejar abandonados a mis amigos.

—Gracias, Stanley. Todo esto es muy extraño.

Y relató lo ocurrido tras haber escuchado el rumor de la lucha y

el grito de agonía lanzado por Arnold Wilson.

Stanley Connors le escuchó sin interrumpirle una sola vez. Su aspecto denotaba una total despreocupación; tan sólo sus ojos brillaban. Sus dedos sujetaban un lápiz, trazando caprichosos dibujos en un papel. Cuando Matt hubo terminado de hablar, comentó:

—Es más grave de lo que suponía.

CAPÍTULO IV

Después agregó:

—Esos hombres ya estarán tras tu pista e intentarán matarte.

—Tengo la seguridad de ello.

—Los planos están en tu poder, ¿verdad?

Matt sólo había omitido el lugar donde ocultó los codiciados planos; ni a su amigo podía confiárselo.

—Sí, perdona no te diga dónde están. El secreto no me pertenece.

—Lo comprendo, no te hago ningún reproche por ello. Se trata de mi gran reportaje, Matt. Sin embargo voy a ser sincero. Coge esos planos y entrégalos a la policía; ella se encargará de descubrir el paradero del profesor Henderson. El F.B.I., entrará en acción y esa cuadrilla de asesinos hallará su merecido.

La cabeza de Matt se movió negativamente. Su gesto fue lento pero firme.

—No haré eso, Stanley. He dado mi palabra a un moribundo y mi deber es cumplirla. Entregaré los planos al profesor Henderson; tan sólo cuando tenga la seguridad de la muerte de éste, me dirigiré a la policía. ¿Me has entendido?

—Perfectamente. ¿Me permites lanzar un grito?

—Sí, estás en tu casa.

Stanley se puso en pie de un brinco, su boca se abrió desmesuradamente.

—¡Hurra por Matt Nixon!

—¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso. Estoy a tu disposición para encontrar al profesor Henderson. La exclusiva será mía, ¿entiendes? Conseguiré el reportaje del año.

—Sólo te preocupa tu labor profesional.

—No seas injusto conmigo. Te he dicho poco antes que la mejor

solución es comunicar lo ocurrido a la policía. Te sigo aconsejando lo mismo; continuar tu voluntaria misión te acarreará un sin fin de dificultades y tu vida estará en peligro.

—Sí, te he ofendido, perdóname.

—Nunca podrás ofenderme, muchacho. Te conozco muy bien.

—¿Dónde podré encontrar a Garnet Zeman?

—Te lo comunicaré esta noche, así tendremos la seguridad de encontrarlo. Iré a verte después de tu actuación. Lo aprovecharé para admirarte. He leído las críticas y te consideran un buen cantante.

Continuaron hablando de otras cosas, hasta levantarse Matt. Señaló a su alrededor.

—A pesar de tu opinión, creo que esto es un desastre. Necesitas una esposa.

—¡Maldita sea tu estampa, Matt! No me hables de esas cosas, he nacido para ser libre, mi profesión lo exige así. Mi esposa sufriría por mis continuas ausencias.

—Se acostumbraría, y tú te encontrarías en un paraíso cuando vieses todo esto limpio y ordenado.

—¿Esto limpio y ordenado? No digas blasfemias, todo eso está claro y diáfano. No quieras estropearlo.

Una alegre carcajada brotó de los labios de Matt. Stanley, disgustado, le golpeó en el estómago, aunque sin conseguir hacerle cesar en su hilaridad.

Matt, de nuevo, estuvo en la calle. No podía hacer nada, debiendo esperar el término de su actuación. Entonces Stanley le comunicaría el lugar donde encontrar a Zeman, empezando sus pesquisas para averiguar el paradero del profesor Henderson.

Decidió regresar a su apartamento. No le sentaría mal un descanso, pues los últimos acontecimientos fueron de gran ajetreo y los próximos prometían serlo.

Dejó el coche y subió a su apartamento. Iba a introducir la llave en la cerradura, cuando palideció intensamente. La puerta había cedido a su ligera presión; estaba abierta.

Una extraña opresión se apoderó de él. Su impulso fue el de entrar y sorprender a los malhechores, no importándole sostener una lucha a muerte, a pesar de estar la ventaja de parte de sus enemigos. La idea de haberle sido robado los planos le ponía fuera

de sí.

No obstante, logró contenerse. Recordó las enseñanzas recibidas antes de partir hacia Corea. Sus nervios debían estar tranquilos, para cerciorarse de cuanto le rodeaba; de esta forma podía percatarse de cualquier peligro que pudiera acecharle.

Entró en el apartamento, procurando no producir ruido con el fin de no advertir a sus enemigos de su presencia. Quizá lograrse sorprender a estos y aquella contrariedad podría convertirse en un éxito.

Su rostro se endureció, sus labios estaban apretados, en sus ojos brillaba la furia. Sin embargo, sus movimientos continuaron siendo los mismos, rápidos y sigilosos. Y ahora ya creía tener la seguridad de no encontrar a los asaltadores.

Todo se hallaba en el mayor desorden y algunos objetos destrozados. La indignación y el odio le invadieron. Y un horrible temor le dominaba. Sus enemigos lograron apoderarse de los documentos sin duda, y esto haría inútiles cuantos esfuerzos hiciera para recobrarlos. Su situación sería difícil, pues la policía le echaría en cara su proceder.

Cuando se cercioró de estar solo en el apartamento, se dirigió hacia donde estaba el pote de café. Su corazón dio un brinco al verlo abierto. El escondite fue muy endeble para burlar el escrutinio de unos hombres hábiles.

—¡Maldición!

Se apoderó del pote; en el suelo se divisaba un poco de café. Introdujo la mano, lo hizo de forma instintiva, con el único fin de cerciorarse de no haberse equivocado.

No pudo evitar un grito de júbilo, mientras su rostro expresaba una gran incredulidad. Sus dedos habían tropezado con el tubo de plástico.

Parecía increíble y no lo era. A pesar de haber realizado una inspección a fondo y destructora, los forajidos no lograron descubrir el ansiado botín, pese a haberlo tenido en sus manos. La misma sencillez del escondite evitó que consiguieran sus propósitos. No dieron la menor importancia al pote, lo destaparon sin mirarlo. Menos mal que no se les ocurrió derramar el café, pues hubiesen visto el tubo.

Lo dejó igual como lo encontró; ahora tenía la seguridad de no

hallar un escondite más seguro.

Fue hasta la puerta y la cerró, tras reparar los ligeros daños causados en la cerradura. Ahora su ira por el destrozo causado en sus objetos quedaba compensada por el hecho de no haber sido despojado del tubo, respirando más sosegadamente.

Se entretuvo en poner todo en orden, lanzando horribles juramentos cuando encontraba algo roto, sin posible reparación. Cuando encontrase a los autores de aquel destrozo les daría su merecido.

Cuando terminó se dejó caer sobre una butaca, encendiendo un cigarrillo. Lanzó una bocanada de humo y miró a su alrededor. Aquello daba una idea concreta de lo dura que sería la próxima lucha. Sus enemigos no vacilarían en matarle.

Tan pronto terminó de fumar se quedó dormido. Cuando despertó procedió a lavarse y arreglarse. Al sonar las nueve llamaba a la puerta del piso de Irene. La joven inquirió su identidad antes de abrir. A Matt le gustó su precaución.

—Ya estoy preparada, Matt.

—Es usted un prodigio, Irene. No me ha hecho esperar un solo minuto. La verdad, no lo esperaba.

—No me gustan las lisonjas.

—Es sinceridad simplemente.

La muchacha hizo un mohín de incredulidad. Matt se echó a un lado inclinándose gentilmente.

—Señorita, cuando usted quiera.

La ayudó a subir a su coche y emprendió la marcha.

—¿Desea ir a cenar a un lugar determinado?

—No, no. No estoy acostumbrada a cenar fuera de casa.

—Conozco un restaurante ideal, confío le guste.

—No soy exigente.

—Es usted deliciosa.

Matt trataba de bromear, con el fin de tranquilizar a la muchacha. Ésta denotaba estar angustiada por la seguridad de su tío. Sin embargo, se mantenía serena en un prodigio de voluntad.

No tardaron en estar sentados ante una acogedora mesa. El camarero se apresuró a atender a las peticiones de los dos jóvenes. Matt preguntó a la joven lo que deseaba, pero ella estuvo de acuerdo con la elección hecha por su acompañante.

Cuando terminaron de cenar, Matt le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

—Cuando no me ha dicho nada, es que no ha recibido noticias de su tío.

—Así es. Ahora tengo la seguridad de que le ha ocurrido una desgracia; tengo miedo.

—Un amigo me ayudará a encontrarle. No se preocupe, lo conseguiremos.

—No sé cómo agradecerle cuánto está haciendo.

—No lo hago por usted ni por su tío. Recuerde, se lo prometí al desdichado Arnold Wilson.

Inmediatamente se arrepintió de haber respondido de esta forma. Con ello solo consiguió reavivar el dolor de la muchacha. Estuvo muy torpe.

—He recibido la visita de esos señores. Han destrozado mi apartamento, aunque por fortuna no encontraron los planos.

—No debe continuar exponiéndose, Matt.

—Ahora ya no me es posible retroceder. Mi nombre está anotado en la lista de esos bandidos.

—Denuncie lo ocurrido a la policía y entrégueles los planos.

—¿Me cree capaz de faltar a una promesa? —inquirió el joven, inclinándose sobre la mesa.

—No, pero...

Golpeó con suavidad, aunque con energía sobre la mesa.

—¡Basta, Irene! No quiero oírle decir esa cosa otra vez; llegaremos al final de este asunto.

Consultó su reloj y detuvo la contestación de la muchacha.

—Se ha hecho tarde para acompañarla, y no me gusta la idea de que se vaya sola. ¿Le importaría asistir a mi actuación?

—No, Matt.

Él le acarició con ternura la mano.

—Es usted una muchacha muy valiente. Vámonos.

Y la cogió del brazo. Irene no hizo nada por evitarlo, sintiéndose invadida de una extraña emoción. A Matt le ocurría lo mismo, adquiriendo la seguridad de no haberse equivocado al hacer su confesión a Stanley. Estaba enamorado de la joven.

No tardaron en encontrarse en el club nocturno. El local estaba lleno, presentando un brillante aspecto. La mirada de Matt no tardó

en fijarse sobre Stanley. El desgarrado periodista se dirigía hacia ellos, tendiendo la mano. Sus ojos quedaron fijos en Irene.

—Tienes buen gusto, Matt. Siempre lo has tenido.

—No digas tonterías, Stanley. Te presento a la señorita Irene Cranis, la sobrina del profesor Henderson. Uno no tiene la culpa de tener ciertos amigos, Irene. Éste es Stanley Connors.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos, Stanley sonreía abiertamente. Matt se apresuró a decir:

—La dejo a tu cuidado, Stanley. Cuando termine mi actuación la acompañaremos a su casa.

—Te respondo de su seguridad.

El joven se despidió apresuradamente, pues Elliot ya le hacía señas, angustiado, aunque la tranquilidad empezaba a extenderse por su nervioso semblante.

—¿Dónde has estado metido, muchacho?

—He tenido ligeros contratiempos —respondió Matt, sonriendo con fingida despreocupación.

—Ha llegado tu actuación. No debes tardar, Matt. Mi pobre corazón empieza a flaquear y esos disgustos le ayudan a quebrantarse. Un día me dará un colapso y se acabará la historia de Steve Elliot.

—A mí no me engaña, Steve. Su corazón sigue estando tan fuerte como el de un elefante. Todo comedia para impresionar a los demás.

—No te permito dudar de mi honorabilidad...

—Ya nos conocemos —interrumpió el joven sonriendo.

Elliot se encogió de hombros, contemplando como Matt se cambiaba de ropa. Se le acercó y le golpeó la espalda.

—Voy a firmar un importante contrato y probablemente una breve actuación en una película. La televisión está a nuestro alcance; triunfaremos, Matt.

—¿No exagera?

—En absoluto, Steve Elliot no se equivoca. Mi olfato profesional me indica dónde está el éxito.

Matt respondía maquinalmente; su cerebro estaba ocupado en un asunto muy distinto. Aquella noche debía averiguar el paradero del profesor Henderson, terminando con aquella misión surgida de forma tan repentina.

—Pórtate bien, muchacho —recomendó Elliot al salir del camerino.

Podía tener la seguridad de que Matt Nixon pondría en juego toda su voluntad y entusiasmo en su actuación. Ésta iba a ser presenciada por Stanley Connors, su gran amigo. Y también por Irene Cranis, la muchacha que mayor impresión le había causado en su vida.

Cuando apareció en la pista, fue recibido con grandes aplausos, confirmando su creciente popularidad. Su actuación fue completa, siendo premiada con grandes ovaciones. Matt agradeció emocionado aquella prueba de afecto.

Elliot le recibió con amplia sonrisa.

—Te has superado esta noche, muchacho. Te has metido el público en el bolsillo.

—Ahora hablaremos, me están esperando.

El agente comercial le lanzó una desconfiada mirada.

—No te conviene esa chica, Matt.

—¿Qué está diciendo?

—Sabes sobradamente a lo que me refiero.

—¿Por qué no me conviene?

—No es tu tipo. Prefiero verte alternar con llamativas rubias y sensacionales morenas; no son peligrosas.

—¿Por qué es peligrosa la señorita Cranis?

Elliot se llevó las manos a la cabeza con expresión desolada.

—Lo sospechaba, lo sospechaba. La llamas señorita Cranis y la coges del brazo con deferencia. Estás perdido, Matt.

—¿Acaso insinúa que se trata de una vampiresa? —inquirió el joven, frunciendo el ceño.

—Ojalá lo fuese —respondió Elliot, desanimado—. Se trata de una buena muchacha y te llevará al altar.

—Alguna vez debe ocurrir. No voy a quedarme soltero. Usted está casado.

—Sí y soy feliz. No puedo quejarme de mi mujer.

—Entonces...

—Aún es pronto para ti. Ahora estás en camino del éxito, tu boda podría estropear tu carrera.

—Si esto ocurre, correré ese riesgo.

—¿Y por qué debo correrlo yo? —se lamentó Elliot.

—Es usted un egoísta.

—Sólo quiero tu bien.

—Y el suyo.

—Ambos están unidos, Matt.

Se miraron con fijeza. Elliot dejó caer los brazos.

—Haz lo que quieras. El aspecto de esa chica me gusta.

—Gracias, Steve. A pesar de todo es usted buena persona.

Y salió del camerino.

Elliot se pasó la mano por la mejilla, mientras musitaba:

—¿Qué habrá querido decir con «a pesar de todo»?

Stanley se levantó al verle llegar, tendiéndole la mano. Cuando estrechó la de su amigo, apretó con fuerza.

—Formidable, chico. Se lo estaba diciendo a Irene. Paul y yo siempre confiábamos en tu triunfo allá en Corea.

—Sí, ha estado muy bien —felicitó la muchacha—. Es usted un gran cantante.

—Me están abrumando con sus elogios —respondió Matt, embarazado.

—No te conocía esa nueva faceta de tu carácter. ¿Desde cuándo en tus cualidades se cuenta la modestia?

El joven no pudo evitar enrojecer. Se volvió hacia Irene.

—Nunca habrá conocido a un amigo tan falso como Stanley Connors.

—Hasta ahora me ha estado hablando muy bien de usted. Le ha adornado con las mayores virtudes posibles en un hombre.

—Deberemos marcharnos enseguida. La dejaremos en su casa, Irene.

Había cambiado apresuradamente de conversación, pues sentíase abrumado. Stanley llenó una copa de champaña, alargándola a su amigo, mientras decía:

—Bebe un trago, Matt. Te sentará bien.

El joven no la rechazó. No vacilaba en beber, aunque sin exageración, pues debía tener cuidado con su voz, y más ahora, cuando el triunfo se hallaba al alcance de su mano.

Se levantaron y salieron del *dancing*, no sin haber recibido un significativo ademán de Elliot. Matt sonrió, respondiéndole con otro ademán. Stanley se dio cuenta y comentó:

—Elliot es un viejo zorro.

—¿Le conoces?

—Sí. Me alegro se cuide de tus asuntos, es una excelente persona. Se ha dado cuenta, ¿verdad?

E indicó con un discreto gesto a Irene.

—Sí, nada se le escapa.

—¿Ha tratado de oponerse?

—Sólo al principio, después se ha resignado. Al parecer le ha causado buena impresión.

—¿De qué están hablando ustedes? —preguntó Irene, sorprendida.

—De algo muy importante para Matt —se apresuró a responder Stanley, sonriendo—. Ya cuenta con la aprobación de Steve Elliot y con la mía.

—No le entiendo —dijo la muchacha, sus mejillas habíanse ruborizado.

No tardaron en detenerse ante el domicilio de la muchacha. Stanley se quedó en el coche, mientras Matt la acompañaba hasta su apartamento. A una indicación suya, Irene se cercioró de no haber nadie en el interior.

—No abra a nadie, Irene. Stanley y yo haremos todo lo posible por encontrar a su tío.

Ella le cogió una mano impulsivamente.

—Les agradezco cuánto están haciendo por mí.

Matt le acarició con ternura la mejilla. No pronunció una sola palabra; bruscamente dio media vuelta y descendió la escalera precipitadamente. De no haberlo hecho así no hubiera podido resistir la tentación, besando a la muchacha. Su conducta habría sido indigna, pues Irene se encontraba en una angustiada situación y le estaba agradecida.

Hubiese sido un abuso de confianza.

CAPÍTULO V

—¿Cómo ha sido la despedida, Matt? —preguntó Stanley, sonriendo.

—Correcta. No seas malicioso. ¿Encontraremos a Zeman esta noche?

—Tengo la seguridad. Se trata de un tipo peligroso.

—Lo sé por propia experiencia.

Stanley volvía la cabeza con frecuencia, tras haber dado a su amigo una dirección. Su rostro estaba surcado por arrugas de preocupación. De pronto dijo:

—Párate en ese poste de gasolina y llena el depósito.

—¿Ocurre algo?

—Temo que nos estén siguiendo.

El joven ya no hizo más comentarios, obedeciendo las indicaciones de su amigo. El empleado acudió presuroso.

—Haga el favor de ponerme cinco litros de gasolina.

Matt pagó y arrancó. Stanley se mantenía a la expectativa y no tardó en confirmar sus sospechas. El coche azul otra vez se encontraba tras ellos. Ahora ya no podía tratarse de una coincidencia, pues estuvieron algún tiempo detenidos en el poste de gasolina.

Anclaban tras Matt, probablemente con la intención de apoderarse de él y arrancarle la confesión del lugar donde ocultaba los planos. En realidad esta situación no le preocupaba; la esperaba. Se trataba de lo más lógico.

—Sí, no estaba equivocado. Nos están siguiendo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Matt.

—Muy sencillo, tratar de despistarles. Te detienes cerca del puerto, descendes del coche y te internas por aquellas calles cortas y estrechas. Debes actuar con rapidez y no dejarte sorprender por esos bandidos. Dentro de media hora te espero a veinte metros de

mi casa. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Es una buena idea.

—Sobre todo mucho cuidado. Son asesinos profesionales, no simples aficionados.

—No te defraudaré, seré puntual a la cita.

Stanley no apresuró lo más mínimo a su amigo, y éste llevó la misma marcha. Se dirigió hacia el lugar indicado por el periodista, no tardando en detenerse. Saltó con rapidez a la acera.

—¡Hasta luego, Stanley!

—Suerte, chico.

Sus manos aferraron el volante y emprendió la marcha, sin volver la cabeza atrás. Ahora debía limitarse a no ser seguido y esperar a Matt.

El joven no se entretuvo un solo instante, consciente del peligro que estaba corriendo. Muy cerca se encontraban varios individuos cuyo afán era apoderarse de él. De una cosa estaba convencido: su intención no era matarle... momentáneamente. Su vida tenía un gran valor para ellos, pues se trataba del único conocedor del lugar donde se encontraban los codiciados planos.

No pudo menos de sonreír. Éstos se encontraron dos veces al alcance de los pistoleros y no lograron descubrir los escondites. La suerte parecía inclinarse hacia él.

Anduvo con rapidez. Aunque no era experto conocedor de aquellas calles, tenía la seguridad de salir de ellas tras haber burlado a sus perseguidores.

No tuvo necesidad de volver la cabeza para adquirir la certeza de ser perseguido, ya que los pasos de tres hombres resonaron en el silencio de la noche. Los pistoleros corrían, con la intención de darle alcance cuanto antes.

Matt fijó la mirada en un oscuro y estrecho portal. No vaciló y se metió dentro. Los pasos de los forajidos se aproximaron con rapidez, no tardando en aparecer en la callejuela. El joven los observó conteniendo la respiración.

—No tardaremos en darle alcance —dijo uno de los malhechores.

—Sí, ya no puede llevarnos mucha ventaja.

—¿Y si se ha marchado por otra calle?

Esto lo dijo otro pistolero, mirando con desconfianza a su

alrededor. Matt se apretó contra la pared, evitando ser descubierto. Si esto ocurriera su situación sería comprometida, teniendo pocas posibilidades de escapar... Maldijo al desconfiado pistolero.

Por fortuna, otro de sus acompañantes masculló:

—No seas estúpido. Ése va por ahí delante.

Y los tres pistoleros pasaron de largo.

Matt dejó escapar un suspiro de alivio, viendo alejarse el peligro. No se entretuvo y salió de su escondite, corriendo en dirección opuesta.

Dobló dos o tres esquinas, pues no lo supo a ciencia cierta, y se encontró en una calle amplia y conocida. No tardó en ver un taxi y atrajo su atención. El coche se detuvo a su lado. Matt lanzó una rápida mirada al conductor; no deseaba caer en una trampa, pero el aspecto de éste le satisfizo.

Subió y dio la dirección del domicilio de Stanley, dejándose caer sobre el respaldo del asiento con visible satisfacción. La lucha prometía ser dura y enconada, pero esto no le importaba. Sólo le preocupaba lo que pudiese sucederle a Stanley, siendo este ajeno a aquel asunto.

Pero a esto tampoco debía concederle importancia, pues Stanley era como un sabueso, tras su codiciado reportaje. Su amigo corría complacido cuántos peligros pudiesen surgir, tratándose de su anhelada oportunidad.

Pagó la carrera y no tardó en ver su coche. Estaba vacío, probablemente Stanley estaría en su apartamento. Halló la puerta de la calle abierta y no vaciló en subir. Stanley le esperaba, pues tan pronto se detuvo ante la puerta, ésta se abrió.

—Me alegro de verte tan pronto de regreso, Matt. Entra.

—He logrado despistarles. Eran tres y estaban deseando darme alcance. Iban demasiado presurosos y no me vieron, porque me escondí en un portal. Uno de ellos me hizo temblar durante unos instantes, pues insinuó la posibilidad de haberme escondido.

—Fue un error meterte en ese portal.

—Mis enemigos conocían mejor el terreno que yo, me hubieran dado alcance.

—Todo ha ido bien, lo demás carece de importancia. Te daré una pistola, te hará falta.

Y le alargó una pistola del treinta y ocho. Matt la examinó con

expresión de entendido.

—Confiaba en no volver a tener en mis manos un arma de fuego.

—La situación nos obliga, muchacho. Enfrente tenemos enemigos dispuesto a matar. Ya has tenido ocasión de comprobarlo.

—Sí.

Y recordó cuando Zeman le encañonó con su pistola, debiendo propinarle un certero puntapié en la mandíbula para evitar que disparase contra él.

—Un trago de *whisky* nos sentará muy bien.

—Mi voz va a resentirse, Stanley.

—¡Al diablo con tu voz! —exclamó éste, alargándole un vaso.

—Si Elliot te oyese, sería capaz de despellejarte vivo.

—Lo sé; delante de él no habría sido capaz de decir semejante blasfemia.

Los dos amigos bebieron y encendieron un cigarro. Matt miró a su alrededor, quedando horrorizado del desorden; aún parecía mayor de cuando su anterior visita, habiendo sido hecha hacía escasas horas.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Absolutamente nada. Tan sólo he recogido información sobre las últimas andanzas de nuestro amigo Zeman.

—Y lo tienes todo a mano, ¿verdad? —preguntó el joven burlón.

—Aunque no lo creas, muchacho, así es. Vámonos.

Los vasos quedaron sobre una silla, haciendo compañía a un par de zapatos.

El joven movió la cabeza.

—Compadezco a la mujer que se case contigo.

—Deberás compadecerte de mí. Todo esto desaparecería, ya no podría ser feliz.

Tan pronto salieron a la calle se separaron. Adoptaban las mismas precauciones que cuando estuvieron en campaña. Resultaba conveniente ir lo más separados posible de esta forma evitarían ser cogidos desprevenidos. Lo hicieron sin previo aviso, de forma instintiva.

Nadie les atacó y entraron en el coche. Stanley se hizo cargo del volante.

—Vamos teniendo suerte.

Y arrancó. Su mirada estaba fija en el cristal, observando si les

perseguían. Matt también lo hacía con precaución. Se tranquilizaron, pues no vieron al coche azul.

No obstante, Stanley dio una vuelta antes de dirigirse al lugar donde esperaba encontrar a Garnet Zeman.

El barrio por dónde se internó Stanley no era más recomendable. Se detuvo y señaló una taberna.

—Ahí dentro encontraremos a ese granuja, según la información obtenida. Espérame.

—No actúes solo.

—No necesitaré tu ayuda. No es conveniente que entres, Zeman te reconocería y la situación empeoraría.

Stanley no tardó en salir; en su rostro se reflejaba la contrariedad. Matt no le hizo ninguna pregunta, no necesitaba hacerla.

—Hemos llegado tarde. Zeman se ha marchado.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tenemos más remedio que ir a su casa. Eso bandidos nos han hecho atrasarnos.

—No te excites, todo saldrá bien.

—Si estoy tranquilo, Matt.

Era cierto. Stanley Connors podía hablar y lamentarse, pero continuaba sereno, presto para proseguir la lucha. Matt lo sabía con certeza, aunque le gustaba hacerle exasperar.

De nuevo el coche estaba en marcha. Stanley conducía con mano firme, su semblante estaba endurecido. No llegó muy lejos, deteniéndose ante una sórdida casa.

—Hemos llegado, Matt. Probablemente nuestro amigo Zeman estará bien acompañado, nuestra visita no será de su agrado.

—Lo presumo.

Los dos hombres saltaron a la acera y llegaron a la casa vieja. Stanley no tardó en abrir la puerta y subieron unos gastados peldaños. Se detuvo e indicó:

—Es aquí. Déjame actuar a mí, sólo debes secundarme.

—De acuerdo.

Stanley llamó a la puerta, debiendo repetir la llamada. Se oyeron unos pasos y una voz ronca inquirió:

—¿Quién es?

—Soy yo, Zeman. Abre la puerta.

—¿Quién eres? —insistió Zeman, sin haber reconocido la voz del periodista.

—Soy Lane; debo hablarte cuanto antes.

—Lane, Lane. ¿Por qué no vienes mañana?

—Es muy importante. Me envía el jefe, se refiere a Matt Nixon.

—¡Ah, ese cantante! Tengo ganas de verlo ante mí, ajustaremos cuentas. Abriré enseguida.

Tan pronto hubo abierto, lanzó una maldición al ver a Stanley, apresurándose a cerrar la puerta. No pudo conseguirlo, el periodista habíase dado prisa en poner un pie, evitándolo.

—¡Maldito, me ha engañado!

Stanley miró a su amigo de forma significativa y Matt empujó con fuerza. La unión del impulso de los dos hombres fue demasiado para las energías de Zeman y éste fue proyectado contra la pared de enfrente. Cuando intentó reaccionar, Matt ya se encontraba frente a él, asestándole un puñetazo en pleno rostro, dejándolo aturdido.

—Nixon. Otra vez usted.

—Sí, he venido para darle su merecido.

—Yo no he hecho nada. Nada tengo contra usted.

—Yo sí, vamos a conversar un rato. Presumo que nos vamos a divertir.

Estas palabras, el tono empleado por Matt y la mirada amenazadora de Stanley amedrentaron por completo al pistolero. Aparte los efectos del golpe recibido. Miró a su alrededor, como buscando un lugar por dónde escapar. Esto no era posible, sus enemigos estaban entre él y la puerta.

Una mujer apareció; habíase puesto de cualquier, forma una bata, mostrando parte de sus encantos. Al ver el estado de Zeman, dejó escapar un grito de terror. Stanley se dirigió a ella.

—¿Quién es usted? También queda detenida.

—No he hecho nada. Por favor, no me detenga.

El periodista pareció reflexionar; después dijo:

—Bien, váyase cuanto antes. No quiero continuar viéndola.

—Sí, señor. Muchas gracias.

Y sin preocuparse de su indumentaria se apresuró a salir. Deseaba estar fuera de aquella casa, donde creía había irrumpido la ley. Sonriendo, Stanley se apresuró a cerrar la puerta, mientras Carnet Zeman permanecía inmóvil, completamente atemorizado.

—Ya estamos solos, Zeman. Podremos hablar tranquilamente.

—Nada tengo que hablar —protestó el pistolero, asustado.

—Te equivocas. Vamos a hablar tranquilamente, como una vez hicimos en Corea. ¿Te acuerdas, Matt? Aquel diablo amarillo también se obstinaba en no tener nada importante que decir; después nos indicó con los menores detalles el lugar donde se encontraban sus compañeros y pudimos escapar. Fue una lástima el haberse resistido tanto, quedó en un estado lamentable.

—A Zeman no le ocurrirá —respondió Matt—. Tengo la seguridad de que es mucho más sensato que aquel coreano. Sí, más sensato.

Zeman se estremeció. No podía intentar escapar, pues conocía la potencia de los puños de Matt Nixon, y ahora le acompañaba un aliado.

Los dedos de Matt asieron con fuerza el cuello de la camisa del pistolero. Casi a rastras le hizo entrar en un pequeño y destartalado comedor. Le abofeteó dos veces antes de empujarle sobre una silla, mirándole amenazadoramente.

El pistolero no trató de resistir, permaneciendo en una ridícula posición. Matt y Stanley cambiaron una significativa mirada. Matt se inclinó sobre él y preguntó:

—¿Quién es vuestro jefe?

—No lo sé.

—Vamos, Zeman. No empieces negando, no llegaremos a un acuerdo y será lamentable para ti. Fuiste tú quien clavó la navaja en el cuerpo de Arnold Wilson. Eso significa la silla eléctrica, no lo olvides.

—No sé quién es, me paga y ya es suficiente para mí. Nunca he acostumbrado ser curioso.

—¿Dónde está el profesor Henderson?

—No lo sé.

—Vamos, Zeman. No trates de engañarnos, no lo conseguiremos. No somos tontos.

—Lo ignoro. No sé dónde pueda encontrarse ese profesor.

—Te entregaremos a la policía.

—No lo hagan, no sé nada del profesor Henderson.

—Lo haremos, puedes tener la seguridad de ello. Aunque antes te haremos hablar. Puedes ahorrarnos todo ese trabajo y te

dejaremos a tu suerte. Tienes un minuto para pensarlo; mientras tanto te quitaremos los zapatos.

Stanley Connors acababa de hablar con terrible frialdad, sin apartar la mirada del rostro del pistolero. Éste había palidecido intensamente, su rostro estaba contraído en una mueca de terror, y por su frente se deslizaban gruesas gotas de sudor.

—No, no, hablaré —gritó con vehemencia—. No quiero que me arranquen las uñas de los pies. Yo no soy un coreano.

La fantasía de Garnet Zeman aún era superior a la de ellos. Enseguida tuvo la seguridad de cuál sería el tormento dado al coreano. Apenas pudieron reprimir una divertida sonrisa.

—Sí, el aspecto de aquellos pies era muy desagradable.

El cuerpo del pistolero fue sacudido por un estremecimiento.

—No me atormentarán, ¿verdad?

—Si hablas, no.

—Diré cuánto sé, después me marcharé de Nueva York. Si no lo hiciera me matarían.

A Matt le repugnaba dejar libre al asesino de Arnold Wilson. Pero había dado su palabra y la cumpliría. Le interesaba conocer el paradero del profesor Eugene Henderson.

—Sí, podrás marcharte cuando quieras.

—Entonces hablaré, diré cuánto sé. Lo juro.

—Ya puedes empezar a hablar —dijo Stanley, sentándose; con un rápido movimiento empuñó su pistola.

Ésta encañonó la frente del forajido. El terror de éste aumentó, cosa que poco antes hubiera parecido imposible. Matt también se sentó, aunque no empuñó el arma; su actitud era agresiva.

—Charlie y yo recibimos la visita de un desconocido; éste nos ofreció una importante cantidad si secuestrábamos al profesor Henderson, dando los informes precisos para conseguirlo sin mayores riesgos.

Se detuvo, sus dientes rechinaron. Stanley le dio un golpecito con el cañón de la pistola en una mejilla.

—Sigue hablando, no te detengas.

—No tuvimos dificultades para secuestrar al profesor Henderson. No tenía consigo un tubo de plástico, y nuestro desconocido jefe se enfureció. El profesor confesó, tras haber sido sometido a fuerte castigo, el tubo se encontraba en poder de su

ayudante, Arnold Wilson.

Se humedeció los resecos labios con la lengua y prosiguió:

—Siguiendo indicaciones llegamos hasta Arnold Wilson, intentando hacerle subir a un coche. Se resistió, Wilson era fuerte y luchaba desesperadamente. Entonces intervino usted, Nixon. Perdimos el control de nuestros actos y le clavé la navaja. Eso es todo.

Los dos amigos se miraron; aquel hombre no había mentido, el terror le impidió hacerlo.

—¿Y cómo llegasteis al piso de Wilson? —preguntó Matt.

—En la cartera de Wilson se indicaba la dirección. No encontramos el tubo, a pesar de efectuar un registro a fondo.

—Es natural, se encontraba en el aparato de la ducha. No se les ocurrió buscar en él.

—No y fue una lástima. Este asunto ya hubiese estado terminado.

—Fue cuando llegué yo, se ocultaron y me sorprendieron.

—Sí, pero usted logró escapar tras matar a Charlie y dejarme sin conocimiento. Tuve suerte y pude marcharme antes de llegar la policía. El jefe está enfurecido conmigo.

—Y después fuiste a mi apartamento con otros compañeros.

—No, no. Ya no he actuado más.

Matt se levantó, su mirada estaba fija en el rostro del miserable. Habló con lentitud.

—Cumpliré mi palabra. Podrás marcharte cuando quieras, aunque confío no puedas escapar de tu merecido castigo. La justicia de Dios no lo permitirá.

Una burlona sonrisa quedó esbozada en los labios de Garnet Zeman. Él no temía el castigo divino, sino el de la policía. Si caía en sus garras, nadie impediría ser sentado en la silla eléctrica.

—Vámonos, Stanley.

El periodista asintió con un movimiento de cabeza, se guardó la pistola y se detuvo bruscamente.

—Un momento, Matt. Nos hemos dejado lo más importante.

—Es cierto. El paradero del profesor Henderson. Me he distraído y me marchaba sin haberme enterado del motivo principal de nuestra visita.

La sonrisa burlona que empezaba a dibujarse en los labios del

pistolero se esfumó. Estaba complacido por no haber hecho la declaración, cambiando por completo su situación. Entonces hubiera podido dirigirse al jefe y explicarle lo ocurrido, recobrando su posición y obteniendo grandes beneficios.

Pero aquel maldito periodista lo estropeó todo, al recordar lo más importante del interrogatorio. Matt lo advirtió y se le acercó amenazador.

—¡Eres un cerdo, Zeman! Sólo mereces ser objeto de un concienzudo interrogatorio y entregarte a la policía.

—No, no lo haga. Yo tampoco me di cuenta, lo juro.

—No me gustan los juramentos, suenan a falsos.

—Diré dónde se encuentra el profesor Henderson, no tengo inconveniente alguno.

—Será mejor para tu salud, puedes estar seguro de ello.

—¿Me dejarán libre?

—Sí.

—El profesor Henderson se encuentra en una granja, situada en el kilómetro veintidós de la carretera norte. No existe otra por aquellas inmediaciones, no hay pérdida posible. Es bastante grande y está pintada de azul.

—No debes comunicar al jefe nuestra visita.

—No me he vuelto loco. No tardaría en dejar de respirar. Me marcharé enseguida de Nueva York. Estimo mucho mi pellejo.

Matt y Stanley lanzaron una mirada de desprecio al miserable y salieron de la casa. El joven lamentaba dejar con vida a Garnet Zeman, pero había dado su palabra y la cumpliría.

CAPÍTULO VI

Una vez quedó solo, Garnet Zeman se pasó las manos por la cara. Su gesto indicaba desesperación, pero poco después mostró esperanza. Le cogió desprevenido la inesperada y peligrosa situación. Estaba contento de haber salido tan bien librado.

Se marcharía cuanto antes de la ciudad, pues se encontraba como sentado sobre un barril de dinamita, pudiendo estallar de un momento a otro.

No estaba dispuesto a perder la vida, la estimaba sobre todas las cosas. En aquel asunto fue vencido por la decidida actitud del cantante, debiendo aceptar las cosas como habían venido. Nunca le gustaron los negocios de espionaje, aceptando aquél por la importante cantidad ofrecida por el misterioso jefe de la organización.

Cuanto dijo fue cierto, ya que no conocía su identidad. No le importaba; tan sólo los fajos de billetes, aunque éstos disminuyeron considerablemente al no poder entregar el codiciado tubo de plástico. Todo fue lamentable en aquel asunto. La muerte de su compañero, pues apreciaba a Charlie. Y el haberse visto obligado a matar a Arnold Wilson.

En esto último fue un estúpido; no debió clavar su navaja en la espalda de aquel hombre. Pero lo hizo enfurecido por la resistencia opuesta por éste y el terror producido por la inesperada intervención de Matt Nixon.

Movió la cabeza desalentado y se levantó. Sus piernas estaban dominadas por un extraño hormigueo, impidiéndole conservar el equilibrio con firmeza. Llegó hasta un viejo armario y lo abrió, cogiendo una botella, bebió un largo trago, pasándose después el dorso de la mano por la boca.

Con gesto nervioso se colocó un cigarro entre sus temblorosos labios y lo encendió. Lanzó una bocanada de humo y pareció

serenarse. Se vistió, más tranquilo; cuando hubiera amanecido ya estaría lejos de Nueva York, no temiendo las represalias de sus hasta entonces compañeros.

Recogió cuántos objetos de valor poseía, mientras no hiciesen un volumen exagerado. No tardó en tener dos maletas llenas. Respiró aliviado, mientras lanzaba una última mirada a su alrededor, comprobando si se dejaba algo.

Con una maleta en cada mano llegó a la puerta, y tras dejarlas en el suelo la abrió. Una exclamación de sorpresa y terror salió de sus labios.

Tres hombres estaban en el rellano. Permanecían inmóviles, con las miradas fijas en él. La actitud de los tres individuos era amenazadora.

—¿A dónde ibas a estas horas, Zeman? —preguntó un hombre de mediana estatura y corpulenta complexión.

—A ningún sitio, Keeler.

—¿Y para no ir a ningún sitio te llevabas las maletas?

—No son mías —mintió en el paroxismo del terror.

—Entra otra vez, muchacho.

Y Keeler le empujó con suavidad.

Garnet Zeman estuvo a punto de caer. El empujón careció de importancia, pero el miedo le atenazaba.

Los tres forajidos le siguieron y uno de ellos cerró la puerta. Zeman tuvo la impresión de haberse cerrado sobre él la tapa de una tumba.

—No me gustan los embusteros. Dime la verdad.

—Me iba por un par de días a un pueblo de los alrededores.

—¿Sin esperar órdenes del jefe?

—Ahora no me necesita.

—Te ha visitado Matt Nixon, ¿no es cierto?

—No.

De ninguna manera confesaría la verdad. Hacerlo equivalía a buscar la muerte. En esta ocasión soportaría cualquier tortura, única forma de salvar su vida.

Los gruesos labios de Hank Keeler se entreabrieron en una siniestra sonrisa.

—Te he dicho que no me gustan los embusteros.

—No te he mentado, puedes creerme —protestó Zeman

extendiendo sus temblorosas manos.

—¡Basta, me das asco!

Y le propinó un fuerte puñetazo en la boca.

Zeman retrocedió dos pasos, tropezó con una silla y cayó al suelo. Se incorporó sobre un codo, mientras escupía sangre.

—No debes pegarme, Keeler. Somos amigos.

—Nunca soy amigo de un asqueroso chivato.

—No es cierto. No he dicho nada.

—Entonces, ¿por qué te marchabas?

El atemorizado pistolero miró a su alrededor, rehuendo las miradas acusadoras y preñadas de amenazas de sus nuevos visitantes. Hank Keeler le observaba con atención.

—Contesta —ordenó con sequedad.

—Ya lo he hecho, debes creerme.

—Has dicho a Nixon dónde se encuentra el profesor Henderson.

No necesitó contestación; en el rostro de su cómplice vio reflejada la respuesta. Frunció los labios con ira y masculló:

—Dispara, Fred.

Un pistolero encañonó a Zeman con una pistola provista de silenciador. Éste se puso de rodillas, sus manos se alzaron suplicantes.

—No dispare, Fred. Lo diré todo, la...

No pudo seguir hablando. El proyectil se incrustó en su rostro, destrozándolo horriblemente. El pistolero se desplomó hacia atrás, se revolcó en el suelo durante unos segundos, después quedó inmóvil.

Keeler escupió en el suelo.

—Vámonos.

Y los tres pistoleros salieron, dejando el cadáver de Zeman solo, con el rostro destrozado, convertido en una masa sanguinolenta.

Aquellos hombres no vacilaron en matar al hasta entonces compañero y cómplice, obedeciendo las instrucciones recibidas. Ellos obtenían un pago excelente y no vacilaban en cumplir las órdenes de su jefe, el cual exigía una obediencia absoluta.

—Vamos, chico —dijo, apresuradamente Stanley una vez estuvieron en la calle—. Ya sabemos dónde encontrar al profesor Henderson.

—No será empresa fácil rescatarlo.

—Lo intentaremos. ¿No crees preferible comunicarlo a la policía?

Matt negó con la cabeza.

—¡Bravo, Matt! Continuó teniendo la exclusiva del reportaje.

—Sólo te preocupa tu éxito particular.

—No lo creas. Deseo salvar a ese hombre de las garras de sus enemigos. Además, he simpatizado con su sobrina. Aunque sólo fuese por ella no vacilaría en arriesgar mi vida.

El joven se puso frente al volante, mientras Stanley se sentaba a su lado, cerrando la puerta del coche. Sin la menor vacilación emprendió la marcha.

No se preocupaban de Garnet Zeman, teniendo la seguridad de no comunicar éste lo ocurrido a sus cómplices. Su vida dependía de ello. Podían gozar de una impunidad asegurada. Todo quedaba en su habilidad, llegando hasta el profesor Henderson sin ser descubiertos.

Sin embargo, Stanley dijo:

—Zeman no hablará, se apresurará a huir.

—Eso creo. Estaba muy asustado.

Las calles se hallaban casi solitarias a aquellas horas y Matt pudo desarrollar una buena velocidad. No tardó en salir de la ciudad, yendo hacia la dirección indicada por el pistolero.

Fue aminorando la velocidad y no tardó en frenar con suavidad. Dio un codazo a su amigo.

—Ésa debe de ser la granja.

—Así parece —respondió Stanley con la mirada fija en la solitaria casa—. Está pintada de azul. Tenía la seguridad de no haber sido engañado por Zeman.

—No será por fiarte de su honradez.

—Naturalmente. Estaba dominado por el miedo; es el medio más eficaz de conocer la verdad.

Matt maniobró con habilidad, dejando el coche en un lugar donde no pudiera ser descubierto con facilidad. Descendieron en silencio y echaron a andar.

Los dos amigos se conocían muy bien, bastando una ligera señal para entenderse. Se encontraban bastante alejados de la granja y tardaron algunos minutos en llegar a la empalizada. Se miraron, prestos a saltarla, sin preocuparse de las consecuencias de su audaz

acción.

—Confiemos en que no hayan perros —musitó Stanley.

—Ya hubieran ladrado —respondió Matt.

—Es cierto, no me había fijado en ese detalle. Ya estoy más tranquilo.

La cosa resultó fácil para los dos amigos. Ambos eran ágiles y poseían fuertes músculos. Se encontraron cerca de unas jaulas. Stanley extrajo una pequeña linterna y alumbró. Las jaulas estaban vacías y cambiaron una significativa mirada.

Ya no tuvieron la menor vacilación, dirigiéndose hacia la casa. Se detuvieron en la puerta y la examinaron con detención. Stanley movió la cabeza, como expresando su contrariedad. La cerradura era fuerte y nueva, siendo casi imposible forzarla. Y menos ellos, unos aficionados.

Dieron una vuelta a la casa. Ésta era amplia y sólida.

Sin la menor vacilación se detuvieron ante una ventana. Aquel lugar sería el más fácil de ser vulnerado.

Stanley sacó de un bolsillo una navaja y empezó a manipular. Matt miraba a su alrededor, para evitar ser sorprendidos de improviso. De pronto sonó un chasquido y Stanley quedó inmóvil.

—¿Nos habrán oído? —murmuró Matt.

—No lo creo probable, aunque todo puede suceder. No nos debemos confiar. Un poco más y abriré la ventana.

—Ánimos, Stanley.

Éste prosiguió la tarea con tenacidad, aunque procurando no producir más ruidos. Pero sonó otro chasquido, y éste les pareció más fuerte que el anterior.

Continuaba reinando un silencio absoluto, la noche era clara y tranquila. La ventana estaba abierta y al empujarla cuidadosamente Stanley, quedó de par en par. Sólo faltaba saltar al interior de la casa y tratar de hallar al profesor.

Stanley pasó las piernas por el alféizar y se dejó caer con suavidad en la estancia. Matt le imitó. El haz de luz lanzado por la linterna recorrió las paredes. El cuarto estaba desprovisto de mobiliario, exceptuando algunos objetos amontonados en un rincón.

El camino hasta la puerta estaba libre de obstáculos y los dos amigos llegaron hasta ella sin dificultad. Stanley la abrió, saliendo con decisión. Matt le siguió.

Sonó una voz.

—¡Alto o disparo!

De común acuerdo se lanzaron al suelo. Stanley tropezó con una silla y la derribó. No se preocupó en evitarlo, no valía la pena; ya habían sido descubiertos.

Parpadearon al quedar el amplio vestíbulo iluminado.

En lo alto de una escalera un individuo les encañonaba, mientras dos más se encontraban en el vestíbulo, bastante cerca de ellos.

—Bienvenidos, señores —dijo burlón el pistolero de lo alto de la escalera—. Debieron anunciar su visita, nuestro recibimiento hubiera sido más acogedor.

—No pueden quejarse —respondió Stanley, humorísticamente—. Éste ha salido bastante bien.

—¿Qué han venido a buscar?

—Nada. Hemos entrado por simple curiosidad. Mi amigo y yo estuvimos discutiendo si la casa estaba deshabitada y hemos querido comprobarlo.

—¡Basta de tonterías! Quiero saber la verdad. ¿Quiénes son ustedes y por qué han entrado?

—No tiene importancia. ¿Nos podemos marchar?

Stanley respondía tranquilo, en tono jocoso, como si la situación distase mucho de ser peligrosa para ellos. El hecho de haber un hombre encañonándole, y dos cerca en actitud amenazadora, no parecía inquietarle.

—No se irán. Quiero la verdad, ¿se ha enterado?

—Es usted muy obstinado.

El pistolero de lo alto de la escalera apretó los labios con fuerza, demostrando estar furioso por las contestaciones obtenidas del periodista.

Masculló con ira:

—Dale su merecido, así aprenderá a no ser gracioso.

Uno de los pistoleros se adelantó hasta Stanley, dispuesto a cumplir la orden de su compañero. Alzó el puño cerrado, con la intención de dejarlo caer sobre su rostro. Stanley no perdió de vista el puño, apartándose cuando éste se hallaba próximo a golpearle.

El pistolero se tambaleó al errar el golpe. No llegó a enderezarse, el periodista le pegó dos golpes en el estómago, dejándole sin aliento. Sus brazos le aferraron, poniéndole como coraza.

—¡Quítate, idiota! —gritó el hombre de la pistola—. Le daré su...

Se interrumpió y abrió la boca angustiado, como si tratase anhelante de buscar el aire que faltaba a sus pulmones. En su pecho se extendía una mancha roja, cada vez mayor. Se tambaleó peligrosamente y se derrumbó por los peldaños.

Matt comprendió la intención de Stanley y procedió a secundarle. La situación era peligrosa para ambos, siendo lo más probable encontrasen la muerte de mano de aquel feroz pistolero. La expresión de su rostro lo indicaba sin lugar a dudas.

Por esto se apresuró a empuñar su pistola y apretar el gatillo; su disparo fue certero, librándose del inminente peligro. Encañonó a los dos pistoleros.

—Levanten las manos —ordenó con firmeza.

Uno de sus enemigos actuó con gran celeridad, apagando la luz. Su veloz acción cogió desprevenidos a los dos amigos, pues empezaban a confiarse, creyéndose los dueños de la situación.

La oscuridad se hizo con fulminante rapidez. Stanley había soltado su presa y recibió un golpe en la mandíbula, viéndose obligado a colocar la rodilla en el suelo. Su adversario no le veía y continuó golpeando en el aire. Se irguió y al mismo tiempo elevó su puño derecho, dando en la barbilla del pistolero.

Notó cómo el forajido se desplomaba, pese a no poder verlo. Oyó pasos rápidos, subiendo los peldaños. Corrió hacia donde estaba el conmutador y lo hizo girar.

Se hizo la luz y sonó una detonación. El proyectil pasó muy cerca de su cabeza. Matt respondió con su habitual rapidez, pero esta vez no alcanzó el ansiado blanco. El pistolero había desaparecido en el piso superior, donde probablemente estaría el profesor Henderson.

—Cúidate de ese individuo, voy tras esa alimaña.

—Ten cuidado, sabe disparar.

Pero el joven ya subía la escalera de tres en tres peldaños. Se encontró en un pasillo, sin la menor señal de donde podía encontrarse su enemigo. Estaba desorientado y se aproximó a la pared, con el fin de ofrecer el menor blanco posible.

Tan pronto lo hizo, un balazo pasó muy cerca de él. Esto le hizo localizar la posición de su enemigo, aunque no contribuyó a

mejorar su situación. Se arrojó al suelo al mismo tiempo, tratando de dar la sensación de haber sido alcanzado por el proyectil. Se trataba de una vieja y burda treta, pero muchas veces daba excelente resultado.

Esta vez fue a medias. El pistolero no se confió excesivamente, limitándose a encañonarle con frialdad. Su intención era rematarle.

No le dio tiempo a hacerlo; desde el suelo, disparó. Un gemido brotó de la garganta del forajido, habiendo sido alcanzado en el hombro. Dio unos pasos hacia Matt, tambaleándose. Se detuvo y le encañonó de nuevo, no desistiendo de su propósito.

Resultaba violento disparar sobre un hombre herido, pero Matt no podía vacilar y no lo hizo, apretando el gatillo con firmeza. El proyectil se incrustó en la frente del forajido, haciéndole desplomar de bruces.

El joven se incorporó, e iba a seguir adelante cuando oyó la voz apremiante de Stanley.

—¿Cómo te encuentras, Matt?

—Muy bien, tengo el camino libre.

En la casa no podía haber más enemigos, pues éstos se hubieran apresurado a acudir en auxilio de sus compañeros.

Registró varias habitaciones, sin encontrar al profesor Henderson. Esto le hizo fruncir el ceño. Cuando creían haber salvado todos los obstáculos, logrando el ansiado objetivo, éste continuaba distante de ellos.

Exasperado, descendió los peldaños, viendo a Stanley vigilando a su cautivo. Éste continuaba aturdido por los golpes recibidos. La mirada del periodista expresó su sorpresa ante la aparición de su amigo.

—¿Y el profesor Henderson?

—No le he encontrado. No está arriba.

—No es posible. Zeman no nos ha mentado, la presencia de estos forajidos lo confirma.

—Deberá estar aquí abajo o en el sótano. Sí, es lo más probable, estará en el sótano.

—No te preocupes, este pájaro nos lo indicará. Será muy explícito, ninguno de ellos está hecho con madera de héroe. Todos son un hatajo de cobardes.

—Sí, de esa forma perderemos menos tiempo.

Stanley mostró una pistola.

—Le he arrancado las uñas.

El joven sonrió. Su mirada se clavó en el rostro atemorizado del pistolero. Éste había escuchado cuánto hablaron, habiendo reaccionado de los golpes recibidos.

—¿Dónde está el profesor Henderson?

—No lo sé.

—No te hagas el remolón, te será perjudicial. Ya puedes ver lo que ha sucedido; no estamos dispuesto a perder el tiempo.

—Ignoro quién es ese señor.

—Vamos, vamos, no queremos perder tiempo, ya te lo he dicho. Si no hablas enseguida te pesará.

Su expresión era tan amenazadora, que el pistolero se tornó lívido. La mano de Stanley aferró con dureza su cuello y él dejó escapar un gemido, tanto de dolor como de temor.

—¿Dónde se encuentra el profesor Henderson?

CAPÍTULO VII

En aquel momento se oyó el rechinar de unos neumáticos.

Un automóvil habíase detenido cerca de la granja. Matt y Stanley se miraron. Cuando el triunfo parecía estar al alcance de sus manos, se alejaba. De nuevo se complicaban las cosas.

No tenía seguridad alguna de tratarse de un peligro para ellos la llegada de aquel coche, pero todo lo hacía suponer así. La granja estaba deshabitada, alquilada probablemente a un miembro de aquella cuadrilla de asesinos.

En la mirada del pistolero brilló la esperanza.

—¿Quiénes serán? —masculló Stanley.

Y corrió hacia la ventana. Matt le siguió instintivamente. El pistolero se levantó de un brinco y corrió hacia el conmutador de la luz, haciéndolo girar con angustioso movimiento al tiempo que gritaba:

—¡A mí! ¡Nos ha atacado!

—¡Maldición! —rugió Stanley, exasperado—. Ese imbécil ha acabado de complicar la situación.

La oscuridad impedía distinguirlo. Además, le habría faltado tiempo de ponerse a buen recaudo y más conociendo la casa. Con darle su merecido no ganarían nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Matt, indeciso.

El pistolero continuaba dando gritos, atrayendo la atención de sus cómplices.

—Debemos huir, muchacho. Esto se está convirtiendo en una ratonera para nosotros.

Cogió la mano de su amigo y corrió hacia el cuarto por dónde entraron en la casa. Sin la menor vacilación saltó la ventana, sin preocuparse de producir ruido. Esto carecía de importancia, pues los recién llegados armaban un gran alboroto, tratando de localizar a los fugitivos.

—Sígueme.

Esta indicación resultaba inútil, pues el joven le seguía veloz. Corrieron hacia el coche. Por fortuna no habían sido descubiertos por los pistoleros. La precaución de Matt fue muy oportuna.

Las luces de la casa se encendieron, cuando los dos amigos ya se encontraban en el coche. Probablemente los forajidos tratarían de salir de su persecución.

—Ya puedes salir disparado, Matt. No me gustaría ser perseguido por esos asesinos.

El coche arrancó. Matt hizo una hábil maniobra dirigiéndolo hacia la ciudad. Aumentó considerablemente la velocidad, de esta forma pondría una gran distancia entre ellos y los forajidos.

La precaución del joven resultaba inútil, aunque él lo ignorase. Hank Keeler, tan pronto oyó el rumor del coche al huir, regresó a la casa. Estaba furioso por no haber podido evitar la huida de los fugitivos.

Cuando contempló a los dos pistoleros muertos y al otro apaleado, no pudo contener horrendas imprecaciones. Su mano asió la camisa del pistolero.

—¡Imbécil! ¿Cómo ha podido ocurrir todo esto?

—No fue culpa de nosotros. Sorprendimos a esos dos individuos cuando entraron en la casa. Ya estaban en nuestro poder, cuando uno de ellos me golpeó y el cantante disparaba contra Brown, matándole. Kenny corrió al piso de arriba, pero le siguió Nixon y también lo mató. Quisieron obligarme a declarar dónde se encontraba el profesor Henderson y me negué a contestar. Me golpearon y entonces fue cuando llegasteis. Aproveché la oportunidad para apagar la luz y avisaros.

—No debiste apagar la luz, los hubiéramos visto.

—Y ellos me habrían matado, Keeler.

—Es cierto, no te lo puedo reprochar. Pero fue una torpeza dejaros sorprender por esos dos tipos.

—Kenny y Brown estaban habituados a luchar, no eran precisamente unos novatos. Nada pudieron hacer, esos dos hombres son rápidos y contundentes en sus acciones. El acompañante de Nixon me atizó fuerte y de improviso no me fue posible evitarlo.

—No me ha gustado vuestra actuación. Ahora el paradero del profesor Henderson ha sido descubierto.

—Esos hombres ya lo conocían, ignoro cómo lo consiguieron. Estaban muy seguros de ello.

—Zeman lo dijo.

—Ese gusano —masculló el pistolero— deberá recibir su merecido.

—No te preocupes, ya lo tiene. No volverá a delatar a nadie.

—En realidad, Nixon se encuentra como poco antes. No logró descubrir al profesor.

—Pero sigue sospechando que se encuentra en esta granja. Deberemos llevarlo a otro sitio, sería muy peligroso no hacerlo.

—Nixon debe morir y su acompañante también —dijo el pistolero con odio.

—Sí, pero antes ese cantante deberá informarnos dónde ha escondido los planos. Es muy hábil, registramos su apartamento sin encontrarlos. Tan sólo lo quiero un par de minutos ante mí y cantará. Y no será precisamente una canción de moda.

Y prorrumpió en una carcajada.

Bajó al sótano y abrió una puerta, divisando a un hombre tendido sobre un jergón de paja. Dos de sus secuaces le seguían, iluminando el mísero cuarto con linternas.

—Buenas noches, profesor Henderson.

—¿A quién han matado? ¿Por qué han disparado esos tiros?

—No hemos matado a nadie, tranquilícese. Nos aburrimos y hacemos ejercicios de pistola, eso ha sido todo.

—Déjenme tranquilo.

Keeler le miraba sonriendo. El profesor Henderson ofrecía un lamentable aspecto, su cara estaba sin afeitar y se divisaban en ella algunos hematomas, producidos por los golpes recibidos.

—Vamos a cambiarle de alojamiento, éste no es muy adecuado para usted. ¿No quiere aclarar nada?

—Lo he dicho todo. Los planos se los llevó Arnold Wilson.

—¿Y no puede reconstruirlos con rapidez?

Movió la cabeza desalentado.

—Se lo he dicho varias veces, necesitaría mucho tiempo.

—Si de mí dependiera, le despellejaría vivo, mi querido profesor.

Eugene Henderson se estremeció. Conocía por propia experiencia la brutalidad de aquel individuo. No le fue posible

resistir el dolor y confesó la verdad. Con ello solo consiguió lanzar a aquellos bandidos contra su ayudante y fiel amigo.

¿Qué le habría ocurrido? No podía darse una respuesta exacta, pues los facinerosos insistían sobre el lugar donde podían estar ocultos los planos. Esto significaba no haber podido apoderarse de ellos.

Su postración se debía más a su quebrantada moral que a su cuerpo maltrecho. Debió resistir al castigo y no poner a su amigo en un peligro de muerte. No pudo evitarlo, tenía más de sesenta años y no le fue posible oponerse al dolor. Sus esbirros conocían la forma de acabar con las energías de un hombre.

No respondió a las amenazadoras palabras de Keeler, teniendo la seguridad de no haber el menor fingimiento en ellas. Se trataba de un individuo cruel, que gozaba con matar y hacer el mal a su alrededor. No era capaz de ser asaltado por el menor escúpulo.

—Levántese. No quiero perder tiempo.

Obedeció. De no hacerlo se exponía a recibir un puñetazo en el estómago, lugar predilecto por Keeler para golpear. Sus piernas vacilaron; no obstante, anduvo sin solicitar ayuda. Los rostros que le rodeaban expresaban una sarcástica expresión, como si se regocijaban de sus sufrimientos.

La mano de Keeler se apoyó en su espalda al pasar ante él, empujándole con violencia. Cayó de rodillas, tras dar un traspié. Sin formular una queja se levantó y salió del cuarto, subiendo al piso superior. Carecía de ánimos, deseando tan sólo parecer con dignidad.

—Hemos perdido la partida, Stanley —se lamentó Matt cuando detuvo el coche—. Y ya teníamos el triunfo al alcance de la mano. Ha sido lamentable.

—No debemos desesperar por eso. Hemos perdido tan sólo un asalto, el combate puede tener varios.

—Sí, y en cualquiera de ellos ser noqueados.

—Es probable. Pero un «primera serie» siempre debe confiar en sus facultades. Es preciso encajar los golpes y responder con eficacia.

—Hemos perdido toda la ventaja. Zeman ya habrá huido de Nueva York. Aunque así no fuese, ha dejado de ser un punto de referencia. El profesor Henderson será trasladado a otro lugar, sin

dejar huellas. Ya no nos será posible localizarle.

—No se deben perder las esperanzas, muchacho —animó Stanley sin demasiada seguridad.

—¿Qué hacemos ahora?

—Déjame en mi casa y te acuestas, es necesario reponer fuerzas. La lucha promete ser dura y debemos estar preparados. Ten mucho cuidado; posees los planos y esa cuadrilla está dispuesta a todo con tal de apoderarse de ellos.

El joven asintió en silencio, poniendo el coche en marcha. No tardó en detenerse y se despidió de Stanley.

Dejó el coche en el garaje y se dirigió hacia su apartamento. Su mirada escrutaba con atención los lugares más oscuros, como si temiese ver salir a algunos pistoleros y arrojarse sobre él. Dos veces se detuvo, dispuesto a repeler la agresión. En ambas ocasiones la alarma fue injustificada, sonriendo con tristeza. Sus nervios empezaban a desquiciarse, viendo peligro donde no existía nada. Y sin embargo, era preferible pecar de precavido que no dejarse sorprender.

Cuando se dejó caer en su lecho, se quedó dormido instantáneamente. Todo lo ocurrido quedó olvidado, siendo rodeado de una paz inmensa.

Abrió los ojos con sobresalto, mirando a su alrededor aturdido. Su diestra se metió debajo de la almohada, en busca de la pistola, dejada por él antes de acostarse. Temió oír una voz bronca, ordenándole se estuviese quieto. No fue así, el silencio continuaba en la habitación, exceptuando aquel repiqueteo infernal.

¿A qué se debía?

No pudo menos de sonreír al acercarse. El repiqueteo tenía una explicación muy sencilla; se trataba del teléfono. Éste sonaba sin cesar e incansable.

—¿Quién será a estas horas? —masculló entre dientes.

Y saltó de la cama. Tan pronto lo hubo hecho, echó una ojeada a su reloj y dejó escapar un silbido.

—Son las diez y media.

Cogió el auricular y se lo aproximó a la oreja.

—¿Quién es?

Oyó la voz de Stanley.

—¿Ya te has levantado, Matt?

—No, me ha despertado tu inoportuna llamada.

—Lo siento, chico. He leído el periódico y lleva una noticia muy interesante.

—¿De qué se trata?

—No debemos preocuparnos de Garnet Zeman. Su cadáver apareció en su piso. Un solo balazo bastó para matarle.

—Me alegro. El asesinato de Wilson ya no quedará impune. Fueron sus cómplices, de esta forma se enteraron de que nos disponíamos a rescatar al profesor. A esto se debió su presencia en la casa.

—Exacto. He llegado a esa misma conclusión. ¿No crees preferible decir a la policía todo lo ocurrido?

Los dedos de Matt oprimieron con furia el auricular, sus dientes estaban apretados.

—No, Stanley. Quisiera entregar los planos al profesor Henderson. Se lo prometí a un moribundo.

—Eres muy obstinado.

—Puedes dejarlo, Stanley. Lo comprendo, es un asunto muy peligroso, no te lo censuro.

Las palabras del periodista restallaron en los oídos del joven.

—¡No te permito ofenderme, mamarracho! Continuaré a tu lado ocurra lo que ocurra. Nunca he tenido miedo, ¿lo entiendes?

—Sí.

—No se te vuelva a ocurrir hablarme de esa forma. Sólo trataba de darte un buen consejo. Nuestras posibilidades han disminuido, nuestros enemigos pasarán al ataque y éste no se hará esperar.

—Así lo creo.

—Centro de una hora te espero frente al Madison Square Garden.

—De acuerdo.

Y colgó. Estiró los brazos con incontenible pereza, lanzando una mirada al lecho. Resistió la tentación de volver a acostarse y se metió bajo la ducha. El contacto del agua fría terminó de despejarle, sintiéndose animoso y presto para entablar violentas luchas.

Esta perspectiva no era desatinada ni mucho menos. Se trataba de lo más probable. Sus enemigos estarían continuamente al acecho, tratando de aprovechar la primera oportunidad para caer sobre él.

Secuestraron al profesor Henderson para apoderarse de los planos, después trataron de hacer lo mismo con Arnold Wilson. Ahora tenían la seguridad de estar el tubo de plástico en su poder, siendo lo más práctico apoderarse de él y obligarle a confesar el escondite.

Miró el pote de café y no pudo menos de sonreír. En aquel lugar tan simple se ocultaba el codiciado botín. Los forajidos lo tuvieron en sus manos, sin sospecharlo.

Terminó de vestirse y salió a la calle. Tenía apetito y entró en un bar a desayunar. Inmediatamente notó ser seguido por un individuo. Éste vestía un traje oscuro, fingiendo estar enfrascado en la lectura de un periódico.

Ya estaban sobre su pista. Debía limitarse a evitar ser sorprendido y poder despistar a aquel hombre del traje oscuro.

Pagó y salió sin fijarse en él. Deseaba dar la impresión de no haberse dado cuenta de su presencia. Detuvo un taxi, haciéndose conducir a un lugar cercano al Madison Square Garden. Pasó ante el recinto escenario de tantos acontecimientos deportivos. Siempre lo admiraba, pues en su interior vivió noches inolvidables.

Vio a Stanley sentado en el bar donde le aguardaba. Aún faltaban diez minutos para la hora de la cita, confiando llegar a tiempo cuando hubiese logrado desembarazarse de su perseguidor.

Si se atrasaba un poco no tendría importancia. Stanley no podría reprochárselo y más cuando conociera el motivo de su tardanza.

Descendió del taxi, habiéndose cerciorado de haber sido seguido por otro. Vio al hombre del traje oscuro y echó a andar tras encender un cigarrillo.

Se dirigió hacia un edificio en obras y se detuvo, fingiendo esperar a alguien. Para fortalecer esta impresión lanzó una ojeada a su reloj. El lugar era solitario, viendo muy cerca de él a su perseguidor.

Ahora podía verle mejor; tendría unos treinta años y era de fuerte complexión. Dio unos pasos, viéndole sumido en la lectura del periódico. De improviso se dirigió resueltamente hacia él. El forajido le miró sorprendido.

—Estoy harto de verle tras de mí —dijo Matt con tono amenazador.

El otro parpadeó y respondió:

—No sé a qué se refiere.

—¿De veras? Voy a tratar de explicárselo.

Con rápido movimiento le asió de la chaqueta y le zarandeó. El pistolero trató de desasirse, pero Matt le propinó un puñetazo. Su adversario recibió el golpe en pleno ojo, produciéndole un vivo dolor. Se dobló, llevándose las dos manos a la parte dolorida.

Matt le soltó, aunque atento a sus movimientos. Comprendía la inutilidad de apoderarse de él; un tipo tan estúpido no conocería el lugar donde estaba el profesor Henderson. Sus enemigos tan sólo querrían saber sus movimientos.

—¿Me va entendiendo, amigo?

—No me explico por qué me ha golpeado, avisaré a un policía.

—No lo creo. No le conviene hacerlo.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—¡Basta de comedias! —exclamó Matt enfureciéndose ante la torpe conducta de su perseguidor.

Y le propinó una bofetada.

El pistolero retrocedió un paso; su rostro estaba enrojecido por la ira. Profirió una maldición y se abalanzó sobre Matt con los puños cerrados.

El joven esperaba esta reacción y le recibió con un formidable rechazazo. El pistolero, alcanzado en la mandíbula, cayó de bruces. Matt le miró tranquilo.

—Eso es para enseñarle que no se debe seguir a un hombre. No quiero volver a verle.

Su adversario sacudió la cabeza, y trabajosamente se incorporó. En su mirada se reflejaba el odio. Matt extendió el brazo, ordenando con firmeza:

—¡Largo de aquí!

—Esto lo pagará caro.

—¿Todavía se atreve a amenazarme? Sólo quisiera tener enfrente al hombre que le ha pagado para seguirme.

En aquel instante oyó el rumor de un coche detenerse a escasa distancia de él.

CAPÍTULO VIII

Su respuesta fue hecha en voz alta y firme, siendo oída por los ocupantes del coche.

—Va a tener esa oportunidad, Nixon —dijo una voz bronca y amenazadora.

El joven volvió la cabeza ligeramente. La puerta del coche estaba abierta, dos hombres le encañonaban. Instintivamente fue a empuñar su pistola, pero su movimiento fue detenido por la voz de Hank Keeler.

—Si saca su pistola, le mataré. Puede tener la seguridad de ello, Nixon.

Ahora el joven comprendía su error. Aquel hombre no era tan torpe como creyó; se trataba del cebo para hacerle caer en una trampa, y lo consiguieron.

Se enfureció por su candidez. El mismo había hecho el juego a sus enemigos, habiéndose situado en un lugar solitario y a merced de aquellos pistoleros.

—Tiene buenos puños, Nixon. No está mal para un cantante —comentó Keeler, riendo.

—¿Qué desean de mí? —preguntó el joven, recobrando el dominio sobre sus nervios.

No obtuvo contestación. Keeler se dirigió al pistolero.

—Quítale la herramienta, Ryan. Te has portado muy bien, el pez ha picado en el anzuelo.

Ryan, tras pasarse la mano por su dolorido ojo, se aproximó a Matt. El odio continuaba reflejándose en su mirada, cada vez más intenso, acentuado al tener la seguridad de conseguir desquitarse del castigo recibido.

Con habilidad le quitó la pistola, propinándole con la culata un duro golpe en un costado. Matt se mordió los labios para no dejar escapar un grito de dolor, mientras Keeler ordenaba:

—Quieto, Ryan. No te precipites, ya llegará el momento de darle su merecido. Ahora lo necesitamos entero.

Comprendió que no tenía escapatoria posible, encontrándose en poder de los pistoleros. Éstos no deseaban matarle, pues era el poseedor de los planos. Pero el hombre que le encañonaba no vacilaría en apretar el gatillo, hiriéndole probablemente en una pierna. Le cogerían, introduciéndole en el auto y huyendo antes de llegar la policía.

Entonces su situación sería aún más angustiosa, no teniendo posibilidad de escapar. Esto le indujo a permanecer quieto, no repeliendo la agresión de Ryan.

—Acérquese, Nixon.

Obedeció, no quedándole otra alternativa. Keeler le agarró del brazo, tirando de él hacia el interior del coche. No opuso resistencia, dejándose caer en el asiento.

—Así me gusta, que sea buen muchacho. Llegaremos a un acuerdo.

—Es posible —asintió Matt.

Keeler le lanzó una mirada de desconfianza, después sonrió.

—Lo celebraría por usted.

Hizo una señal y Ryan se sentó al lado del conductor. El coche se puso en marcha, mientras Matt notaba en un costado el duro contacto de un arma. Y podía tener la seguridad de recibir un balazo tan pronto hiciese el menor movimiento para llamar la atención de un policía.

De nuevo se lamentaba en su interior de haber obrado con tanta estupidez. Se creyó muy inteligente cuando atrajo a su perseguidor a un lugar solitario, sin sospechar que Ryan, a su vez, era seguido por sus compañeros. El mismo se colocó en su poder.

El coche pasaba por delante del Madison Square Garden. No obstante, Matt no le dirigió una sola mirada; toda su atención estaba fija en la figura de Stanley. Su amigo estaba sentado tranquilamente, saboreando un vaso de cerveza, sin sospechar que él pasaba a corta distancia, amenazado por un grupo de forajidos.

No pudo explicarse cuál era su deseo, si atraer la atención de Stanley o no. Es decir, que éste se diese cuenta de su presencia. Si el periodista fuese dueño de sí y conservase la serenidad, limitándose a seguirles, sí.

Si obraba de forma contraria, tratando de dar alcance a sus enemigos para liberarle, no.

Esto último habría sido muy peligroso para Stanley y él.

—Nos podría dedicar una canción —comentó un pistolero soltando una carcajada.

—Cállate, estúpido —le amonestó Keeler con el ceño fruncido.

No se confiaba, pese al sumiso aspecto de Matt Nixon. Sabía cuánto había hecho éste desde su intervención en el asesinato de Arnold Wilson. Tres de sus compañeros fueron muertos y se vieron obligados a eliminar a Garnet Zeman. Éste fue un valioso elemento, pero tras salir de las manos de Matt Nixon, quedó francamente desmoralizado.

A él no le ocurriría igual. Lo tenía en su poder y antes lo mataría que permitir su huida. Su experiencia evitaría ser burlado por el cantante.

Ryan volvía de vez en cuando la cabeza, lanzando amenazadoras miradas al joven. En ellas expresaba su deseo de tomarse el desquite, vengándose de los golpes recibidos. Una lucha abierta entre ellos no le atraía, pues se acordaba perfectamente de la potencia de Matt. Su mandíbula le dolía de una forma horrible. Pero ahora la situación sería distinta, pudiendo golpearle impunemente.

Todo esto era notado por Matt, aumentando las dificultades de intentar una desesperada huida. No lograría sorprender a sus enemigos, éstos estaban pendientes de sus movimientos.

De pronto Keeler dio una orden. Uno de sus compañeros echó hacia atrás a Matt, cubriéndole los ojos con un pañuelo. El joven no opuso ninguna resistencia, viéndose obligado a permanecer en aquella situación.

—Es conveniente esta formalidad, Nixon —se disculpó Keeler, burlón—. Usted no debe saber a dónde le conducimos. Se trata de un excelente escondite y tendríamos de abandonarlo en cuanto le dejemos en libertad.

—Lo comprendo.

Keeler le estaba tendiendo un lazo. Trataba de confiarle, de esta forma se decidiría a revelar el escondite del tubo de plástico. Pero esto no significaría su liberación, pues sus enemigos quizá tuviesen la firme decisión de matarle.

Él no se dejaría engañar; sólo tenía un arma en su poder. Le quedaban los planos, el objeto de aquellas muertes.

La situación aún le parecía peor con los ojos cubiertos por el pañuelo. Le rodeaba la oscuridad, sintiéndose oprimido por la proximidad de sus enemigos.

El coche se detuvo. Dos hombres saltaron al suelo, mientras Keeler le sujetaba del brazo con fuerza.

—Siga mis indicaciones y no se le ocurra cometer una tontería, le pesaría.

El tono de Keeler indicaba no amenazar en vano. Y no era necesario, Matt tenía la seguridad de ello.

Descendió del coche, asido su brazo por la mano férrea del pistolero. Éste susurró:

—Siga derecho, ya le avisaré cuando deba subir los peldaños.

Hizo un gesto afirmativo, sin la menor vacilación. Notó cómo aumentaba la presión de los dedos de su enemigo, mientras éste susurraba:

—Ahora, suba.

Fue contando cuidadosamente los peldaños; quizá esto le permitiese encontrar en otra ocasión aquella casa, aunque lo dudaba. Hank Keeler demostraba poseer una gran experiencia en asuntos similares a aquél, no dejando nada al azar. Ocho escalones fueron los subidos por él; la puerta se cerró a su espalda.

Respiró aliviado al serle quitado el pañuelo. La claridad no era excesiva, pues sólo había una ventana entornada. No obstante, se vio obligado a parpadear.

Un golpe le alcanzó en la mandíbula, viéndose obligado a retroceder. Otro puñetazo le alcanzó en la boca, notando el sabor de la sangre. Vio cerca el rostro odioso de Ryan, desfigurado por la furia. No se pudo contener y pegó. El pistolero cayó estrepitosamente de espalda.

Se levantó prorrumpiendo en denuestos, mientras Keeler ordenaba:

—¡Quieto, Nixon! Si no me obedece le agujereo la barriga.

—No puedo soportar la conducta de ese individuo —repuso desdeñoso el joven.

—Ahora deberá soportar muchas cosas. Se lo recomiendo por su bien.

Ryan avanzaba hacia Matt con los puños cerrados. Keeler ordenó:

—¡Quieto, Ryan! No debes ser tan impulsivo.

—Ese maldito debe pagarme cuánto me ha hecho.

—Más adelante. Ahora es nuestro huésped, si se porta juiciosamente no le haremos nada.

De nuevo trataba de engañarle, pero Matt se limitó a sonreír.

Ryan se retiró, dando la impresión de un perro apaleado. Matt le observaba y se alegró de ver su aspecto. De momento se alejaba el peligro de otra agresión de Ryan.

Fue conducido a una pequeña habitación; probablemente ya debió ser preparada para convertirse en su prisión. No contenía objeto alguno ni siquiera una simple silla. Nada podía ser utilizado como arma por él.

—Vamos a hablar amigablemente, Nixon —dijo Keeler, guardándose la pistola.

Dos pistoleros estaban tras él, vigilando atentamente al joven; sus diestras estaban armadas.

—No tengo inconveniente —respondió Matt con sencillez.

—¿Dónde están los planos?

—¿Los planos?

Los labios de Keeler produjeron un desagradable chasquido.

—No empiece así, Nixon. Será contraproducente para usted. No ignora a qué planos me refiero.

—¿Unos planos?

—Sí, unos planos —repitió el pistolero, aspirando el aire con contenida furia—. Se apoderó de ellos en el pequeño laboratorio de Arnold Wilson. Zeman y Charlie le sorprendieron.

—¡Ah, se refiere a aquel tubo!

—Exacto. ¿Dónde está?

—Lo ignoro, amigo.

Con el dorso de la mano, Keeler propinó un fuerte golpe en la cara de Matt. Éste permaneció impasible.

—Hace mal en golpearme.

—¿Sí? Eso ya lo veremos, y no se le ocurra volverse, mis hombres dispararán.

—Me doy perfecta cuenta de ello. Es usted muy valiente.

Los dientes de Keeler rechinaron, sus ojos fulguraron de rabia.

—Puedo deshacerle entre mis manos.

—Sin oponer yo resistencia, lo creo.

—Hable sin querer burlarse de mí, será mejor para usted.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Matt de súbito.

—Keeler. No me importa que sepa mi apellido.

—Usted no es el jefe de esta organización, ¿verdad? —No.

—No quiero hablar con usted, sino con quien pueda aceptar mis condiciones. ¿Cree que soy tonto? No, no lo soy. La casualidad me ha hecho poseedor de un objeto importante y deseo aprovecharme. ¿Por qué cree que lo he ocultado?

Estas palabras desconcertaron a Keeler. Vaciló, no sabiendo cómo responder. Matt prosiguió:

—Ya hubiera podido entregarlo a la policía, pero no soy tan estúpido. Quiero sacar mi tajada de este asunto, lo merezco tras los riesgos corridos. ¿No cree?

El pistolero se frotó la barbilla con gesto pensativo, sin apartar la mirada del rostro de su prisionero.

—Es usted un tipo listo, Nixon. Tiene agallas, de eso no puede haber dudas.

—Puedo soportar muchos golpes sin hablar. La violencia no conduce a nada cuando puede emplearse la persuasión. Estoy dispuesto a ser comprensivo, dígaselo a su jefe.

—Lo haré, quizá sea más conveniente —asintió Keeler con expresión dubitativa.

Se volvió hacia uno de sus hombres.

—Trae una cerveza, Nixon tendrá sed.

—Gracias, Keeler. Es usted muy amable.

El pistolero no tardó en estar de regreso, entregando una lata al joven, convenientemente agujereada. El joven bebió un trago, pasándose los dedos por los labios.

—Sí, tenía sed.

—Quiero tenerle lo mejor atendido posible, dos hombres le proporcionarán cuánto desee. Le doy un consejo, no intente escaparse ni emplear una jugarreta, pues tendrán órdenes de disparar a matar. Lo lamento, pero no puedo exponerme a que salga de esta casa.

—Le comprendo, Keeler. Casi me puedo considerar un invitado en lugar de un prisionero.

—Exacto.

No se engañaban, ambos tenían la completa seguridad de las intenciones de su adversario. En cuanto él entregase los planos, sería muerto sin mayor dilación. Y por lo tanto, intentaría escaparse a la oportunidad más propicia.

La situación se presentaba angustiosa. En las últimas horas jugó continuamente con el peligro, mostrándose la suerte a su favor, pero ahora le volvía la espalda, dejándole a merced de sus fuerzas.

—Vaya meditando sobre su situación. Nixon —dijo Keeler, rompiendo el silencio—. Debe saber cuál es su conveniencia.

—Ya lo he meditado, mi decisión es firme. He corrido un gran peligro y quiero sacar el máximo provecho. Los beneficios son muy considerables y creo tener derecho a una parte. ¿Usted qué haría en mi lugar?

—Quizá lo mismo, aunque se ha expuesto demasiado.

—Tuve el presentimiento de que valdría la pena hacerlo.

—Hasta luego, Nixon. Y siga mi consejo.

—Lo haré, se trata de aprovechar mi oportunidad.

Los pistoleros salieron, dejándole solo, casi sumido en una completa oscuridad. Una tenue claridad entraba por un reducido agujero situado cerca del techo. Se trataba de una ventana de unos veinte centímetros de larga por cinco de ancha, cubierta por un cristal incoloro.

El suelo estaba sucio, pero Matt no tuvo inconveniente en dejarse caer, apoyando la espalda en la pared. Adoptó la postura más cómoda, pues debería pasar muchas horas en aquel lugar. Por fortuna no le quitaron los cigarrillos ni el encendedor. Tendría el consuelo de poder fumar.

Pensó en Stanley; aún se hallaría probablemente en el bar, frente al Madison Square Garden. Estaría lanzando maldiciones por su tardanza y probablemente empezaría a sospechar le hubiese ocurrido algún percance, decidiendo averiguar la verdad.

Se trataba de su única esperanza. Tan sólo Stanley podría ayudarle para salir de aquella angustiosa situación, aunque sin poder esperarlo.

Empleó aquella estratagema para ganar tiempo y aguardar un descuido de sus enemigos. Keeler no se dejó engañar, conociendo su intención, pero a su vez trataba de tenderle una celada.

Probablemente le harían una importante oferta por la entrega de los planos y la seguridad de ser puesto en libertad. Pero ésta iría acompañada de varios balazos.

Y habría dejado de ser un obstáculo para aquellos forajidos.

Todas las alternativas llegaban a la misma conclusión, su eliminación. No podía esperar tregua alguna del misterioso jefe de aquella cuadrilla de asesinos, debiendo actuar en consecuencia. Y lo haría a la desesperada, luchando con todas sus fuerzas.

Siempre resultaba preferible recibir un balazo tras una tenaz lucha, que en posición pasiva. De esta forma se podía salir al encuentro de la muerte, pero no esperarla, sabiendo que llegaría sin remisión.

Keeler se frotó las manos. Aquel cantante era valiente y decidido, no pudiendo tener ninguna duda sobre ello. A la fuerza sería muy difícil arrancarle el escondite del tubo de plástico. Por lo tanto, emplearía la astucia.

Podía ser cierto lo manifestado por él, haberse mezclado en aquel asunto tan sólo para conseguir una importante cantidad. Su natural mezquino apoyaba esta teoría, pues le resultaba muy difícil creer que un hombre pusiese en peligro su vida por acometer una acción desinteresada.

El hecho de no haber recurrido a la policía fortalecía esta opinión. De haberlo hecho, su fracaso y el de sus hombres hubiera sido total.

Sonrió regocijado. Matt Nixon recibiría una importante oferta por la entrega de los valiosos documentos, recibiendo el pago en plomo.

No tendría inconveniente alguno en ser quien disparase con frialdad sobre Nixon, gozando al ver reflejarse en su varonil semblante la agonía. Le aborrecía, debido a la seguridad mostrada en sí mismo. Le hubiera gustado verle temblar, pero no, en ningún momento perdió el dominio sobre sus nervios. Incluso cuando Ryan le golpeó, respondió con extraordinaria dureza y eficacia.

—Muchachos, me respondéis con vuestras cabezas de la seguridad de Nixon.

—No te preocupes, Keeler —respondió Ryan con siniestra sonrisa—, se queda bien custodiado.

—Nada de iniciativas propias, Ryan. No debes maltratarle. ¿Me

has entendido?

El tono de Keeler fue seco y tajante. La sonrisa del pistolero se desvaneció y masculló entre dientes:

—Le trataré bien.

Hank Keeler se marchó, teniendo la seguridad de ser obedecidas sus órdenes. Ejercía una rígida disciplina entre sus hombres, no perdonando la traición ni la desobediencia, pues ésta podía poner en peligro la seguridad de todos ellos. Lo demostró al matar a Garnet Zeman.

Ahora Ryan no se atrevería a golpear al cantante, y éste adquiriría confianza en ser aceptada su proposición. De esta forma todo sería más fácil.

No tardó en entrar en un lujoso rascacielos, dirigiéndose a la planta treinta y cinco. Llamó a la puerta de un lujoso despacho, tras haber leído la llamativa placa:

PATRICK STOCKTON

Abogado

Instintivamente se arregló el nudo de la corbata, estirándose la chaqueta. Sonrió con amabilidad al hallarse en presencia de la secretaria del abogado.

—Deseo hablar con el señor Stockton.

—Un momento, señor Keeler. Le avisaré su llegada.

—Gracias, señorita.

Se dejó caer en una cómoda butaca y encendió un cigarro. Miró a su alrededor; siempre que se encontraba en aquel lugar solía admirar el lujo y buen gusto con que estaba amueblado.

Patrick Stockton era un hombre muy hábil; bajo su apariencia de honrado y conocido abogado, se ocultaba un profesional del espionaje. Tan sólo él contaba con su confianza, conociendo sus proyectos.

No se hallaba ligado a nadie, teniendo una absoluta independencia. Aceptaba encargos de una nación extranjera, sirviéndolos sin el menor escrúpulo, a cambio de una importante cantidad. Su posición servía admirablemente para sus ocultos fines, ya que le ponía en condición de averiguar decisivos secretos.

—Ya puede pasar, señor Keeler.

El pistolero se levantó, tras apagar el cigarro en el cenicero, dirigiendo una sonrisa de agradecimiento a la secretaria. Ésta era sumamente sugestiva y atraía sus codiciosas miradas.

Patrick Stockton se hallaba sentado tras su mesa, observándole con atención. Con un gesto le indicó la conveniencia de cerrar la puerta.

Se trataba de un individuo de unos cuarenta años, alto, delgado y correctamente vestido. Su aspecto y ademanes eran los habituales en un caballero. Keeler siempre procuraba imitarlos, aunque en vano.

—No me gusta verle en mi despacho, Keeler —dijo con suavidad.

—Lo sé, pero se trata de algo muy importante.

—¿Ha conseguido apoderarse de los planos? —inquirió con la misma suavidad.

CAPÍTULO IX

Keeler carraspeó antes de contestar:

—No, señor.

—¿Entonces?

—Tengo en mi poder a Matt Nixon.

Los dedos delgados y alargados de Stockton pasaron levemente por su enjuta mejilla; sonreía abiertamente.

—No está mal, Keeler. Ese entrometido cantante ya empezaba a preocuparme.

—Desde ahora ha dejado de ser un obstáculo. Es el único en conocer el paradero de los planos. Quizá también lo conozca Stanley Connors.

—Ese periodista tiene fama de ser honrado.

Una maliciosa sonrisa apareció en los labios de Keeler.

—También la tiene usted y...

—Soy un redomado bribón, ¿no es eso?

Y el abogado soltó una carcajada. Después se puso serio.

—Es necesario obligar a Nixon a declarar dónde tiene ocultos los planos.

—Se trata de un individuo difícil de manejar. Me precio de conocer a los hombres y no suelo equivocarme.

—Unos procedimientos enérgicos suelen dar resultados inmediatos y satisfactorios. El hombre más resistente se apresura a pedir piedad, nadie puede escaparse.

—Nixon es un tipo duro.

—Más duro el tratamiento. A cada uno se le debe dar el adecuado.

—He tenido una idea, es decir, me la ha proporcionado el propio Nixon.

—¿Qué clase de idea es ésta?

—Nixon me ha hecho una proposición.

Las cejas del abogado se enarcaron, mirando sorprendido a su interlocutor.

—¿En su actual situación se atreve a hacer proposiciones?

—Así es. Eso le demostrará que se trata de un sujeto peligroso.

—Sobre ese particular no tengo ninguna duda. Su actuación lo ha demostrado sobradamente.

Keeler asintió en silencio, comprendiendo que se trataba de una encubierta censura contra él. Stockton inquirió:

—¿Cuál es esa proposición?

—Exige una cantidad por la entrega de los planos.

—¡Es un insensato! —exclamó el abogado, dejando escapar una carcajada—. Quiere dinero ahora, cuando se encuentra en nuestro poder.

—Yo sé lo prometería, e incluso le entregaría el dinero. Cuando el plano estuviese en nuestras manos, un balazo y asunto arreglado.

—No está mal —contestó Stockton, tras meditar unos instantes—. Se trata de una excelente solución. Pero debemos cerciorarnos de que no trata de burlarse de nosotros.

—Lo he pensado detenidamente. Si usted habla con él, se confiará. No le importe que conozca su identidad; los muertos no hablan.

—Nixon es hábil, puede intentar una estratagema. No acabo de creerme su historia de querer entregar los planos por dinero. No encaja con su intento de intentar rescatar al profesor Henderson.

—Pero tampoco ha intentado entrevistarse con la policía. De haberlo hecho, todo estaría perdido para nosotros.

—Es cierto. La intención de ese endiablado cantante resulta un verdadero enigma.

—Nada perdemos con intentar poner en práctica mi plan, señor Stockton. Nixon no saldrá de la casa bajo ningún pretexto. Si trata de engañarnos siempre tendremos tiempo de recurrir al procedimiento decisivo.

—Sí, lo haremos así. Es preciso tener esos planos y entregarlos. Valen mucho dinero.

—Y terminar con este asunto. Estoy deseando dar su merecido a Nixon. Probablemente haremos lo mismo con Connors.

—Antes observaremos a ese periodista, quizá no sea necesario.

—A las siete puede ir a la casa. Todos los hombres se

encontrarán en una habitación, ninguno de ellos podrá verle.

—De acuerdo.

Keeler se levantó, permaneciendo indeciso. Stockton le observó, sonriendo.

—¿Quiere dinero?

—Sí, los muchachos están corriendo muchos riesgos y es preciso tenerles contentos.

El abogado abrió un cajón de la mesa y extrajo cuatro fajos de billetes. Los lanzó sobre la mesa.

—Ahí tiene dos mil dólares. ¿Son suficientes?

—Sí, señor.

—Hasta luego, Keeler.

Una vez se quedó solo, Patrick Stockton jugueteó con la pluma, mientras una sonrisa entreabría sus labios. Cuando todo hubiese terminado recibiría una importante cantidad. Quizá decidiese dar por concluidas sus maniobras de espionaje, pues su posición volvía a ser sólida.

Nunca contrajo obligaciones con aquella potencia extranjera. Se limitó a realizar operaciones aisladas y bien pagadas. Nunca le obligaron a hacerlas ni trataron de presionarle. El resto de su existencia transcurriría en la mayor tranquilidad, disfrutando de grandes comodidades y de una falsa aureola de honorabilidad.

A las siete condujo personalmente su lujoso automóvil, dejándolo cerca de la casa donde Keeler tenía establecido su cuartel general. Por Keeler tampoco se preocupaba, estando de acuerdo con ser el último golpe. Tenía confianza en él, no creyéndole capaz de traicionarle. Si se atrevía a hacerlo, sólo tendría escasos minutos de libertad. Entregaría a la policía pruebas concluyentes para llevarle a la silla eléctrica.

Anduvo con lentitud hasta llegar a la puerta de la casa, llamando de forma significativa. Le abrió Keeler al instante, demostrando estar esperándolo.

—Puede entrar sin cuidado. Los muchachos se encuentran arriba, ninguno se atreverá a asomarse.

—Bien, siempre he confiado en su capacidad de organización.

Keeler le precedió hasta llegar al cuarto donde se encontraba Matt Nixon. Su diestra empuñaba una pistola al entrar; encendió una vela, que iluminó la reducida estancia.

Sentado en el suelo, con la espalda en la pared, Matt se frotó los ojos. Sin cambiar de posición examinó con curiosidad a los visitantes. Keeler sonreía.

—Perdone la precaución de encañonarle, pero no puedo fiarme de usted... todavía.

—Lo comprendo. Por eso no me ofendo.

—Aquí está el jefe. Confío en que lleguen a un perfecto entendimiento.

—Y yo también.

El joven se levantó, aunque no dio ningún paso hacia los dos hombres. Esto no le hubiese gustado a Keeler.

Stockton le miraba con curiosidad. Con un gesto se sacudió una invisible nota de polvo de su solapa.

—¿Me conoce usted, Nixon?

—No, no creo haberle visto antes de ahora.

—Yo sí, le he visto actuar. Le felicito, me hizo pasar un rato muy agradable.

—Me alegro de ello.

—Mi nombre carece de importancia, Nixon. Pero mi presencia le demostrará mi deseo de jugar limpio. Si usted lo hace así todo se desarrollará en la mayor cordialidad. Ya han ocurrido demasiados equívocos entre nosotros.

—Ésa es mi opinión.

—La ventaja está de mi parte, no me costaría grandes esfuerzos hacerle confesar la verdad.

—Lo dudo. Acostumbro a ser muy testarudo.

—Existen procedimientos capaces de doblegar la mayor testarudez.

—No habrá venido para discutir esta posibilidad.

—¡Oh, no! Tan sólo deseo llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

—Me alegra oírsele decir.

Y Matt sonrió abiertamente.

—Quisiera hacerle una pregunta, Nixon.

—Puede hacerla.

—¿Por qué ha mostrado tanto interés por apoderarse del profesor Henderson?

El joven estaba preparado para responder a esta pregunta,

haciéndolo sin la menor vacilación. Su interlocutor era astuto, siendo muy difícil engañarle.

—Es muy sencillo. Creímos que teniendo en nuestro poder al profesor, nuestra petición sería más importante. ¿Me ha comprendido?

—Sí, son muy audaces. ¿Estaban convencidos de recibir una oferta?

—Naturalmente. Lo teníamos todo previsto, pero esta mañana he sido sorprendido de una forma estúpida.

—¿No le ha asaltado la tentación de entregar los planos a la policía?

—En ningún momento, no soy un imbécil. Ignoro de lo que pueda tratarse y no me importa. Tengo la seguridad de que son muy valiosos y de poder obtener por ellos una importante cantidad.

—Ahora no se encuentra en condiciones de exigir, no se le debe olvidar.

—Conozco perfectamente cuál es mi situación. Mi petición será razonable.

—¿Cuánto quiere?

—Cincuenta mil dólares.

—Cincuenta mil dólares. ¿No cree que es mucho dinero?

—No, de creerlo no se lo pediría.

—Opino lo contrario. Usted tendría una parte del botín muy considerable.

—No es para mí solo. Obtendré veinticinco mil dólares. Mi petición no es exagerada.

—Todo consiste en un criterio. El mío me indica lo contrario.

—Vamos, señor mío, no vamos a regatear como si estuviésemos en el mercado. No quiera engañarme, usted obtendrá una gran cantidad por esos planos.

Stockton fingió vacilar, decidiéndose al fin.

—De acuerdo, le entregaré esos cincuenta mil.

—Es usted comprensivo. Da gusto tratar entre caballeros.

—Dígame dónde se encuentran los planos.

Matt meneó la cabeza con lentitud.

—Por favor, eso sería actuar con demasiado precipitación. Necesito garantías de que cumplirá su parte del pacto.

—Usted lo ha dicho antes, un pacto entre caballeros se cumple,

se halla excepto de garantías. Diga dónde se encuentran los planos y mañana saldrá de aquí con el dinero.

—No, no. Lo dicho por mi han sido simples palabras; esto es muy serio. Cuando tenga el dinero le daré la información, no trataré de engañarle, sería estúpido intentarlo.

—Es absurdo.

—Como quiera. Mi amigo, si no tiene noticias mías durante dos días, entregará los planos a la policía. Así lo hemos acordado.

—Podemos apoderarnos de Stanley Connors.

—Cometerían un disparate —respondió Matt, sin sorprenderse por ser conocida la identidad de su amigo.

Una amplia sonrisa suavizó las facciones de Stockton.

—Se trata de una discusión absurda. Estamos de acuerdo, mañana le traeré el dinero.

Hank Keeler contuvo un suspiro de alivio. Por un momento temió ver mostrarse inflexible a su jefe, cuando no existía motivo para tomar otra determinación. El conocía a los hombres y Matt Nixon soportaría con entereza la tortura, constituyendo una empresa más ardua.

En cambio, tal como se estaba desarrollando, no habría inconveniente. Entregarían el dinero a Nixon y este revelaría el escondite. Una vez los planos en su poder, un certero balazo y asunto concluido.

—Me alegra oírsele decir —asintió el joven—. Es una lástima no tengamos al profesor Henderson en nuestro poder; entonces la cantidad hubiese sido doble.

—Todavía deberé darme por satisfecho —sonrió Stockton.

—No tenga duda sobre ello.

—Hasta mañana. Tendré que sacar el dinero del Banco; comprenderá que en mi casa no tengo semejante cantidad.

—Me hago cargo. Además, no hay prisa, todo consiste en algunas horas. Sólo lamento una cosa.

—¿Qué es ello? —inquirió Stockton.

Matt extendió una mano, señalando a su alrededor.

—¿No le parece todo esto muy desagradable? Ni siquiera tengo un camastro donde descansar, me espera una noche muy desagradable. Aunque la perspectiva de obtener veinticinco mil dólares lo haga más soportable.

—Tiene razón en quejarse —asintió Stockton; se dirigió a Keeler—. ¿Se puede arreglar esta cuestión?

—Sí, le destinaré una habitación más confortable. Ahora Matt Nixon no es un prisionero, sino un invitado.

—Le agradezco su buena disposición, Keeler. En cuanto le vi ya me fue simpático, tuve la seguridad de llegar a un completo entendimiento.

—Todo arreglado, Nixon. Se habrá convencido de mi buena voluntad.

—Nunca había dudado de ella.

Y dirigió una mirada burlona a la pistola empuñada por Keeler. Éste sonrió, como tratando de disculparse.

—Simple precaución.

El joven se quedó solo. Estiró los brazos voluptuosamente y musitó:

—He conseguido un plazo; poco es, aunque quizá logre algo positivo. Prefiero recibir un balazo a recibir una paliza pasivamente.

Encendió un cigarrillo, dio unos pasos por la reducida estancia y volvió a adoptar la misma posición, esto es, sentado y con la espalda apoyada en la pared.

Fumó con lentitud, como si tratase de alargar el cigarrillo lo máximo posible. Cuando ya se quemaba los dedos, dejó caer la colilla, pisándola con el pie. Cerró los ojos, como si intentase conciliar el sueño. Sin embargo, nada más lejos de su ánimo. Trataba de escuchar cuántos sonidos se producían en la casa.

¿Quién sería aquel hombre?

Su aspecto era distinguido, dando la sensación de estar en buena posición. De una cosa estaba convencido; era inteligente. Y cruel, la maldad se reflejaba en sus ojos. De ninguna manera estaba dispuesto a cumplir lo prometido. Una vez tuviese en su poder el ansiado botín, ordenaría le diesen un tiro.

También Keeler pensaba así. Lo creía un procedimiento más fácil que apalearle y obligarle a decir la verdad. La lucha seguiría sin cuartel, terminando con la muerte de una parte.

Oyó pasos y no pudo menos de esbozar una sonrisa de triunfo. El primer tanto quedaba anotado a su favor, al ser cambiado de cuarto; quizá en el otro hallase la forma de intentar escapar.

La puerta se abrió, oyendo la voz de Keeler.

—Puede salir, Nixon.

El pistolero y dos más le encañonaban con grandes pistolas.

—Sígueme, le llevaré a su nuevo alojamiento.

—No puede imaginarse cuánto se lo agradezco. La idea de pasar la noche ahí dentro se me antojaba horrible.

—También yo lo lamentaba, puede creerme.

Siguieron por un corredor, hasta detenerse ante una puerta. Keeler la abrió e hizo girar el conmutador. Se trataba de una habitación horrible, aunque comparada a la otra daba la impresión de ser un palacio. Sólo había un camastro, ni siquiera una silla.

—¿Qué le parece?

—Dormiré toda la noche como un tronco —respondió Matt exhalando un ruidoso suspiro.

Keeler no pudo menos de mirarle con admiración.

Stanley dejó de leer el diario y miró su reloj. Ya era la hora de la cita y Matt no llegaba. Esto resultaba extraño, pues su amigo acostumbraba a ser puntual.

De nuevo se enfrascó en la lectura de un interesante artículo. Pasaron diez minutos y se movió intranquilo en la silla. Ojeó su reloj y musitó:

—Ya pasan diez minutos, Matt se está retrasando.

Llamó la atención del camarero y se hizo servir otra cerveza, notando tener la boca reseca. Un presentimiento le asaltó, a su amigo le habría ocurrido algo, sólo así quedaría justificada su tardanza. Y lo ocurrido no sería precisamente agradable.

Ya no estuvo tranquilo. Conforme pasaban los minutos sentíase más desasosegado. No obstante continuó en el mismo lugar, sin ver aparecer a Matt. Tamborileó sobre la mesa nervioso, incapaz de soportar aquella situación.

Cuando el retraso llegaba a la media hora, pagó las consumiciones y se marchó. Una idea le asaltó. ¿Y si Matt había vuelto a acostarse, quedando sumido en un profundo sueño? No lo creía, pues confiaba en la indómita voluntad del joven, resistiendo bien el sueño.

No obstante, todo podía ocurrir. Telefoneó al apartamento de Matt. Oyó repiquetear el timbre incansable, sin ser descolgado el auricular. Esto le hizo convencerse de haber salido el joven de su

apartamento.

Se pasó la mano por la barbilla en un gesto de perplejidad, no sabiendo qué determinación tomar.

Al fin se decidió, dirigiéndose al domicilio de Irene. Quizá hubiese ido Matt a visitarla. Un hombre enamorado era capaz de cometer los mayores disparates, y Matt lo estaba profundamente. Aunque así fuese, el joven no podía olvidarse de su cita, él le estaba esperando.

Irene abrió la puerta, tras haberse cerciorado de su identidad.

—Buenos días, Irene. ¿Por casualidad la ha visitado Matt?

—No, no le he visto.

El periodista no pudo dominarse, apareciendo la desilusión en su semblante. La muchacha se alarmó.

—¿Le ha podido ocurrir algo?

—No lo sé. Estábamos citado para las once y media. No se ha presentado.

Irene había cerrado la puerta, tras entrar el periodista. Su lindo rostro había palidecido.

—¡Dios mío, esto es horrible! Primero Arnold, después mi tío y ahora Matt.

—No se preocupe, Irene. Todo saldrá bien.

La muchacha no se pudo contener y sollozó desesperadamente. Stanley la cogió del brazo, obligándola a sentarse. Con ternura le acarició el sedoso cabello negro.

—¿Le quiere mucho?

—Sí.

—Ese bribón es muy afortunado. No te preocupes, Irene, todo saldrá bien. Matt es hombre de recursos.

—Pero estará en poder de esos bandidos.

—Aún no lo sabemos. Quizá todo sea una falsa alarma. Matt puede estar atareado, eso le habrá hecho olvidarse de la cita.

Ni él creía sus palabras, pero necesitaba dar ánimos a la muchacha. Irene se serenó, tratando de sonreír.

—Me estoy portando como una tonta, Stanley.

—Nada de eso, eres una chica muy valiente.

Apresuradamente le dio instrucciones, prometiéndole telefonarle a menudo.

Realizó un sin fin de diligencias, con resultado nulo. No obtuvo

el menor indicio de su amigo. Daba la sensación de que la tierra
habíase tragado a Matt Nixon.

CAPÍTULO X

Matt fumó dos cigarrillos. Su mirada estaba fija en la pared, advirtiéndose en ella una firme determinación.

En aquella habitación no existía ventana alguna. Tan sólo le rodeaban cuatro paredes, desprovistas de todo adorno. Solamente el camastro y el jergón de paja había en la estancia.

Calculó en una hora el tiempo transcurrido desde que fue encerrado en aquella habitación y se dispuso a entrar en acción. Ya sabía el riesgo que correría y no le importaba. Sería una muerte horrible, pero también lo sería la preparada por su elegante enemigo en cuanto él se negase a declarar el escondite del tubo de plástico.

Se levantó, realizó varias flexiones de piernas y brazos, con el fin de desentumecer sus músculos. Dio algunas vueltas por la reducida estancia y se detuvo ante el camastro.

Sonreía burlonamente. Sus enemigos tuvieron un descuido imperdonable al no arrebatárle el encendedor. Éste sería su base en su desesperado intento de evasión. Sin él se hubiese visto obligado a permanecer cruzado de brazos o lanzarse contra sus enemigos, tratando de morir matando.

Resultaba muy difícil aceptar la muerte en actitud pasiva. Siempre fue combativo y no se resignaría a ser una víctima voluntaria.

Aspiró varias veces el enrarecido aire de la estancia. Dentro de varios segundos la atmósfera se convertiría en irrespirable. Con el encendedor en la mano se acercó al camastro y lo encendió. Sin la menor vacilación aproximó la llama al jergón.

No tardó en arder, saliendo un humo denso y maloliente. Matt tosió al notarlo en su garganta y corrió hacia la puerta. Golpeó con violencia en la madera, sus puños no cesaron de caer sobre ella, mientras gritaba desaforadamente:

—¡Socorro, socorro! ¡Se ha prendido fuego!

Oyó pasos presurosos y sonrió. Su plan parecía tener éxito, aunque entraba la posibilidad de recelar Keeler su intención y dejarle morir asfixiado. Pero esto no podía ocurrir, la casa era vieja y corría el peligro de incendiarse.

—¡Maldición! ¿Qué diablos ha ocurrido? —Sonó la voz de Keeler al otro lado de la puerta.

—Se ha prendido fuego el jergón cuando fumaba. Me estoy asfixiando, no puedo más.

Y tosió desesperadamente. Casi no tuvo necesidad de fingir, pues sus pulmones tenían grandes dificultades en poder respirar. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—Si ha sido una jugarreta de usted, le mataré, Nixon.

—No puedo... respirar —gimió el joven.

Y esperó anhelante la decisión del pistolero. Éste parecía estar indeciso, no sabiendo cómo actuar. Podía ser una estratagema del cantante, habiendo demostrado ser hombre de recursos. El humo salía por debajo de la puerta y esto le hizo decidir, no pudiéndose exponer a que el edificio se convirtiese en pasto de las llamas.

Además, Nixon se hallaba solo y desarmado, no siendo enemigo de consideración. Y probablemente estaría medio desfallecido por el humo. Ya no vaciló más.

—Abre la puerta —ordenó.

Un pistolero le obedeció, introduciendo una llave en la cerradura y haciéndola girar con rapidez. La puerta quedó abierta y los pistoleros se echaron hacia atrás.

Una densa humareda salió, viendo el camastro convertido en una gigantesca llama. El fuego empezaba a hacer presa en el suelo y la pared.

A un lado yacía Matt. De todo esto se cercioró Keeler de una ojeada y se tranquilizó. El prisionero no parecía ser un peligro, estando semiinconsciente. El fuego podría ser apagado sin grandes dificultades, pues eran cinco hombres.

Prorrumpió algunas blasfemias y ordenó:

—Rápido, vosotros dos apagad el fuego, y vosotros sacad a Nixon. Si intenta escapar, pegadle fuerte, sin contemplaciones. No debemos atraer la atención de la gente.

Dos pistoleros se inclinaron sobre Matt; uno de ellos era Ryan.

Sonreía regocijado al verle en aquel lamentable estado, pues el joven tosía sin cesar. Antes de asirle por un brazo, le propinó un alevoso puntapié en un costado. Matt exageró su gemido de dolor y esto hizo ampliar la sonrisa de Ryan.

A rastras le sacaron de la habitación. El joven respiraba acompasadamente, tratando de reunir todas sus energías para actuar. Toda su atención estaba puesta en Ryan; el rencoroso pistolero aprovechaba todas las ocasiones para martirizarle. Continuamente le propinaba codazos. Uno de ellos le dio en una ceja, produciéndole un vivo dolor.

Ya no esperó más. Con un brusco movimiento se desprendió de la mano de Ryan y su puño se estrelló en la barbilla del desalmado. Ryan abrió los brazos y cayó de espalda.

El joven no perdió tiempo, lanzándose sobre el otro pistolero. Éste no logró reaccionar a tiempo para defenderse con eficacia, siendo aprovechado por Matt para sujetarle con un brazo por el cuello, impidiéndole respirar.

Su diestra extrajo la pistola de su enemigo, empuñándola con decisión. Apretó el gatillo sin vacilar, pues Ryan se disponía a disparar contra él. El miserable recibió el balazo en la frente, quedando tendido en el suelo.

El pistolero se debatía furioso y el joven le propinó un duro golpe con la culata de la pistola en la cabeza. Los movimientos de su adversario cesaron, limitándose a soltarle. El forajido se desplomó como una masa inerte.

Matt retrocedió dos pasos, mientras gritos furiosos salían de la habitación. La vigorosa figura de Keeler apareció en el umbral, pero al disparar Matt, se echó precipitadamente para atrás, mientras de su boca salía un torrente de maldiciones.

Los tres pistoleros empezaron a disparar. Lo hacían sin apuntar, pero Matt se vio precisado a salir corriendo del pasillo, exponiéndose a ser alcanzado por un proyectil. Oyó un silbido siniestro muy cerca de su oreja, esto le hizo precipitar la huida.

Keeler y sus secuaces salieron de la estancia tosiendo desafortadamente. Sus ojos parecían estar inyectados en sangre. No consiguieron dominar el incendio, debido a la lucha sostenida por Matt con sus dos adversarios.

—¡A él! —rugió Keeler exasperado.

Ahora estaba convencido de haber sido una maniobra del cantante para intentar la huida, y lo conseguía. Se portó como un incauto, su primer movimiento debió ser caer sobre él y abatirlo de un culatazo en la cabeza.

Ya era tarde para hacerse reproches, por no haberle reducido a la impotencia. Se abalanzó tras el joven, intentando darle alcance. Si lo conseguía, le sería fácil ponerle fuera de combate, pues Nixon debería tener las energías muy mermadas, debido al tiempo permanecido en la reducida habitación, invadida por el humo.

Un balazo pasó rozándole y esto frenó su ímpetu. De pronto recordó el hecho de estar armado su enemigo, constituyendo un serio peligro.

Sus dos secuaces estaban visiblemente asustados por los inesperados acontecimientos y mostraban una nula combatividad. Esto le hizo fruncir el ceño. Uno de ellos auxilió a su compañero desvanecido, haciéndole volver en sí. El otro se inclinó sobre Ryan e hizo una mueca.

—¡Ryan está muerto! —exclamó tembloroso.

—Era un imbécil —rugió Keeler—. Él se lo buscó. Debemos atrapar de nuevo a Nixon.

Los tres pistoleros no parecían muy dispuestos a obedecerle; esto le exasperó aún más y les amenazó con su pistola.

—Adelante o disparo —exclamó, arrimándose a la pared.

Sus secuaces pasaron por su lado, con la seguridad de verle cumplir su amenaza. Keeler era brutal, no importándole disparar a matar, aunque fuese contra ellos.

De pronto en el exterior se oyó un gran alboroto y numerosos golpes dados en la puerta de la calle. El vecindario, alarmado por el intenso humo, acudía para extinguir el incendio, evitando que el edificio ardiese por completo.

Matt sonrió, convenientemente parapetado tras una mesa, dispuesto a continuar luchando. Su posición no podía ser muy optimista ante un ataque a fondo de los pistoleros, pues comprobó que sólo le quedaban dos balas en la pistola. Se prometió a sí mismo emplearlas bien. Si abatía a dos de sus enemigos, sólo tendría a dos y... Se encogió de hombros; haría frente a los acontecimientos.

No podía quejarse, todo salió mejor de lo imaginado. Cuando oyó el alboroto formado en el exterior, la esperanza renació en su

espíritu. La reacción del vecindario terminaría con la moral de los pistoleros.

No se equivocó. Los tres pistoleros se miraron y echaron a correr precipitadamente. Keeler quedó sorprendido por la reacción de sus secuaces y barbotó una imprecación. Disparó y uno de ellos cayó de bruces, certeramente alcanzado en la espalda.

Profirió una imprecación cuando los dos pistoleros se le perdieron de vista, no siéndole posible volver a disparar contra ellos y exterminarlos.

No podía sufrir a los traidores y los cobardes. Un hombre debía soportar cuantas contrariedades surgiesen ante su camino, tratando de eliminarlas.

Titubeó durante unos segundos, decidiéndose a ir en busca del cantante y matarlo. Lo haría, aunque fuese lo último que hiciese en su vida. No le perdonaría la hábil jugarreta, un odio intenso imperaba en el interior de su pecho.

Corrió con furia, apretando con fuerza su pistola. Cuando hubiese acabado con Matt Nixon, ajustaría cuentas con el profesor Henderson, pues no podía dejarle en la casa. Después ya intentaría escapar por el tejado, confiando en sus inagotables recursos. Siempre fue un hombre de acción, no conociendo el miedo.

Antes de ver el lugar donde se ocultaba Matt Nixon, se lo advirtió el instinto. Se arrojó al suelo, librándose de recibir el balazo disparado por el joven. Aunque el silbido del proyectil pasó muy cerca de su cabeza, haciéndole estremecer.

Tendido de bruces disparó dos veces, sin preocuparse de apuntar a su enemigo. Los balazos se estrellaron en la mesa. Esto asustaría al cantante y debía aprovechar la oportunidad. La audacia era un arma muy eficaz.

Se levantó de un brinco, intentando correr hasta la mesa y volver a disparar a bocajarro sobre Nixon. Se equivocó lamentablemente, pues Matt no se inmutó lo más mínimo ante los impactos de los balazos en la mesa, atento a los movimientos de su enemigo.

Tan pronto Hank Keeler se irguió, iniciando la carrera decisiva, apretó el gatillo. Se trataba de su última bala y debía aprovecharla. Si erraba podría darse por muerto, Keeler dispararía con frialdad sobre él.

Su pulso no tembló lo más mínimo. Keeler se detuvo en su carrera, abrió los brazos y cayó de bruces. En escasos segundos se formó un charco de sangre alrededor de su cuerpo.

Matt corrió hasta él y le arrebató la pistola, regresando tras la mesa con felina rapidez. Debía hacer frente a sus restantes enemigos. Permaneció inmóvil un rato, oyendo un gran alboroto. Entonces comprendió lo ocurrido y una sensación de seguridad le invadió.

Algunos hombres aparecieron ante él, deteniéndose asustados. Comprendió el motivo; les estaba encañonando con la pistola. Se apresuró a guardarla, mientras decía:

—Hagan el favor de llamar a la policía. Me encontraba en poder de estos bandidos y he logrado escapar.

Un hombre se apresuró a obedecerle. Otro dijo:

—Es preciso apagar el incendio.

—Sí, mientras tanto yo buscaré al profesor Henderson. Está secuestrado en esta casa.

Su aspecto inspiró confianza, no contradiciéndole nadie. Abrió una puerta, viendo la estancia vacía. En la siguiente divisó al profesor Henderson tendido sobre un jergón. Éste miró al joven con tranquilidad, diciendo con lentitud:

—Ya puede disparar contra mí, asesino.

Y su mirada quedó fija en la pistola esgrimida de nuevo por Matt.

—No tema, profesor Henderson. Esta pesadilla ha terminado.

—¿Quién es usted? —preguntó Henderson sorprendido.

—Un amigo de Irene, su sobrina.

—Dios le bendiga, muchacho.

Cuando la policía llegó a la casa siniestrada, el incendio ya estaba siendo extinguido. Por escasos segundos no lograron hallar a Matt Nixon, pues el joven detuvo un taxi, metiendo en su interior al profesor Henderson y dando la dirección de su domicilio.

Irene abrazó emocionada a su tío, después a Matt. El joven la estrechó con fuerza contra su pecho, bajo la complacida mirada de Stanley. El profesor Henderson se dispuso a protestar, advirtiéndole la vehemencia de los dos jóvenes. El periodista le asió por un brazo y susurró:

—Déjelos, son jóvenes.

—Se trata de mi sobrina. No comprende...

—Y de su futuro sobrino político, profesor Henderson —replicó Stanley, soltando una carcajada.

—Siendo así...

Poco después, las lágrimas se deslizaban por las mejillas del profesor, al enterarse de la muerte de Arnold Wilson.

—Yo he sido el culpable de su muerte.

—No diga eso, profesor —contestó Matt—. Lo mismo hubiera ocurrido, esos bandidos estaban sobre las huellas de su amigo.

Henderson bajó la cabeza. Irene se apresuró a tranquilizarle.

Matt consultó su reloj.

—Tengo el tiempo justo para actuar. Elliot estará nervioso... como siempre.

—Aunque no actúes esta noche será igual, tienes motivo justificado.

—Debo actuar, es muy importante.

E hizo una significativa señal a su amigo. Irene la sorprendió; su amado iba a correr otro grave peligro.

—Te acompaño —se apresuró a decir Stanley.

—Y yo también —afirmó la muchacha.

—¿Estás loca? Debes quedarte al lado de tu tío, te necesita.

—No, tío Eugene ya no me necesita. Se acostará y descansará. Debo estar a tu lado, Matt.

—Debes...

—Irene tiene razón —intervino Henderson, sonriente—. No necesito nada, me acostaré enseguida.

Los tres jóvenes salieron precipitadamente. El profesor Henderson se hizo una taza de café. Se disponía a beberlo cuando llamaron a la puerta. Abrió y se encontró ante un inspector de policía y dos agentes.

—¿Dónde se encuentra Matt Nixon, profesor Henderson? —Antes de que pudiera contestar, agregó—: Me alegro de verle bien.

—Gracias. Matt Nixon se ha marchado ahora mismo a actuar; le acompañaban mi sobrina y Stanley Connors.

—Mañana le interrogaré, profesor. Puede descansar.

Y se marcharon corriendo.

—¿Qué intentas hacer, Matt? —preguntaba entonces Stanley a su amigo.

—Apoderarme del jefe de esta cuadrilla de asesinos. Es el verdadero culpable de lo ocurrido. Ignoro su nombre, pero he hablado con él. Me será fácil identificarlo; lo sabe y tratará de desembarazarse de mí. La ocasión se le ofrece esta noche, durante mi actuación, y tratará de aprovecharla.

—Es una locura, puede matarte.

—Si la suerte me acompaña, no. Además, cuento con tu ayuda. Te lo describiré y procura localizarle; cuando se disponga a disparar contra mí, te apoderas de él.

—Lo has dicho con mucha sencillez; realizarlo será mucho más difícil.

—Debemos intentarlo, Stanley.

—No lo hagas, Matt —imploró Irene.

—Se trata de mi deber.

—Está bien, yo también te ayudaré.

Matt sonrió y describió minuciosamente al desconocido.

Steve Elliot le recibió anhelante, secándose el sudor que resbalaba por sus mejillas.

—Aprisa, muchacho. Es muy tarde, una noche acabarás conmigo.

Poco después Matt Nixon aparecía en la pista con aparente naturalidad. Todos sus nervios se hallaban en tensión, pues de un momento a otro podía recibir un balazo mortal.

Stanley intentaba descubrir a Patrick Stockton. Sus esfuerzos resultaban vanos, no viendo al astuto espía. Su amigo ya estaba actuando y el peligro se cernía sobre él. Un invencible temor se apoderó de él al avanzar entre las mesas. La penumbra se extendía por la sala, tan sólo la apuesta figura de Matt Nixon estaba iluminada por los reflectores; ofrecía un blanco magnífico.

Irene estaba angustiada. Tampoco ella lograba descubrir a Patrick Stockton. De pronto su mirada quedó fija en un elegante individuo; se trataba del único ocupante de una mesa. Su instinto le advirtió de encontrarse junto al asesino. Pero no podía ser, Matt lo describió completamente afeitado. Aquel hombre llevaba en su labio superior un recortado bigote.

Se estremeció; en la diestra de aquel hombre apareció una pistola, apuntando a Matt. Irene, lanzando un grito de espanto, se precipitó sobre Stockton y el impulso de su cuerpo desvió la

trayectoria de la bala, no alcanzando al joven.

El pánico se hizo en la sala. Stockton dio un empujón a Irene, desprendiéndose de ella. Su intención era disparar contra el joven, pese a que éste ya no ofrecía blanco. Exasperado trató de escapar, pero unos nervudos brazos le sujetaron. Con la culata de la pistola propinó un culatazo a Stanley, alcanzándole en un pómulo. Pero el periodista no soltó su presa.

Se entablaba una dura pelea cuerpo a cuerpo cuando sonó la voz de Matt.

—Otra vez nos encontramos.

Y propinó un duro puñetazo en la barbilla de Stockton. Stanley le soltó y se desplomó. Los dos amigos se miraron sonrientes, mientras la sala quedaba iluminada. El inspector y los agentes, que habían llegado instantes antes, se apoderaron del abogado, mientras Matt abrazaba a Irene.

—Has estado muy oportuna, Irene. Me has salvado la vida.

—Estaba vacilando, ese hombre llevaba bigote.

—Se ha disfrazado un poco. Es muy hábil, pero ahora se verá obligado a responder de sus crímenes.

Y se besaron, olvidándose de cuánto les rodeaba.

El inspector carraspeó e intentó tocar el hombro de Matt para atraer su atención. Stanley le detuvo.

—Mañana declararán, inspector. Ahora están emocionados, debe comprenderlo.

—Bien, le haré algunas preguntas a usted.

—Mañana, inspector. Ahora debo escribir mi gran reportaje. Tengo la exclusiva, la he merecido, ¿no cree?

—¡Pueden irse al infierno todos ustedes! —rugió el inspector exasperado.

Stanley le miró sonriente; su cabeza se movía con lentitud, como censurándole su arrebató de ira. Las facciones de policía se suavizaron y llegó a sonreír.

—Bien, aguardaré a mañana. No me hagan esperar, a las diez.

—Seremos puntuales, inspector.

Matt e Irene no se enteraron, sus labios continuaban unidos.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU

ZAS



LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que sea, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



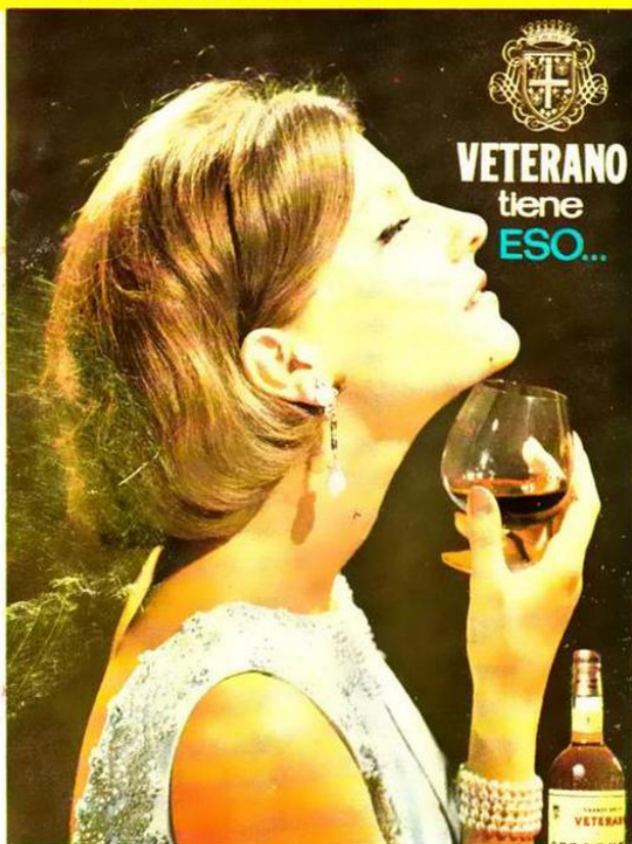
EDITORIAL BRUCCERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pto. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

